

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



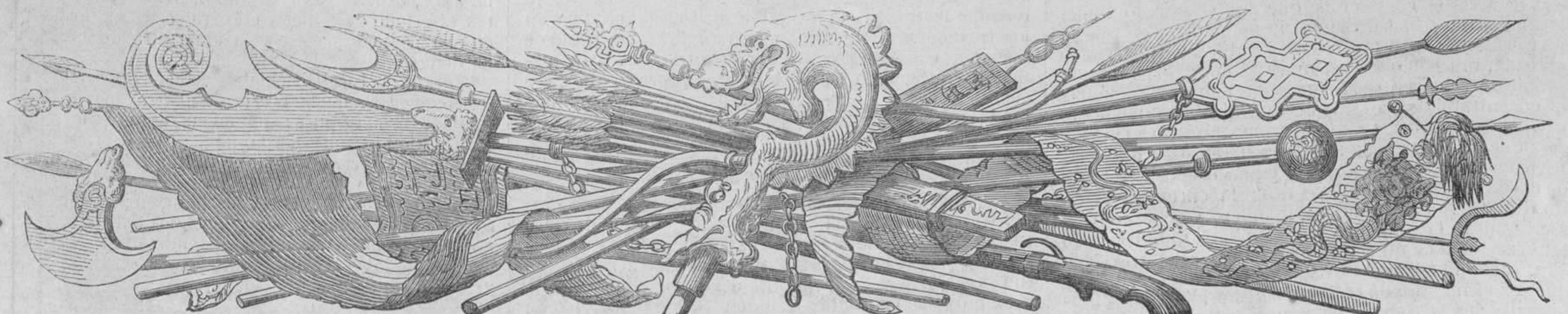
1858. — Tomo XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 17. — Nº 273.



1, El general tártaro. 2, el teniente general. 3, el gobernador de Canton. 4, sus letrados prisioneros en el cuartel general de las fuerzas aliadas en la China.



Armas chinas cogidas en el palacio del general tártaro, en Canton.

SUMARIO.

Generales: chinios hechos prisioneros en la toma de Canton; grabados. — Caracteres generales de la poesía de los trovadores. — Revista de Paris. — Un baile en la corte de San Petersburgo grabados. — Pobre Concha! — Toma y ocupacion de Canton; grabados. — Una amistad á toda prueba. — Los Hanos. Los vaqueros; grabados. — La noche. — Los ojos de la morena. — Epicos antiguos. — Mlle Artot, de la Academia imperial de Música; grabado. — Teatro Italiano. Maria, acto 2º; grabado.

Caracteres generales de la poesía de los trovadores.

Asercion generalmente creida y de muy pocos impugnada es la de que en las obras literarias de los trovadores se hallan ricos tesoros de verdadera poesía en el sentido estricto de la palabra, mas cae en descrédito semejante opinion por poco que se profundice en el interior de las mismas. ¿Qué causas pueden sin embargo haber dado pie á semejante creencia? ¿Qué motivos habrán imperado para que tales encomios se haya merecido aquella poesía? La misma importancia que en su tiempo alcanzaron esos cantores, que recorriendo los principados del mediodia de Francia colgada el arpa en sus espaldas, ora dejaban oír sus *tenzones* en las cortes de amor, ora estremecian con sus *lais* y *baladas* las ligeras bóvedas de soberbio castillo feudal. El trovador, expresion sincera de aquella sociedad caballeresca que en los siglos XII y XIII componia las pequeñas cortes de Provenza, Orange, Avignon, Champagne, Narbona y algunas mas, era, digámoslo así, la mas preciosa joya de las mismas, pues á la par que en pulidos versos referia los altos hechos de poderoso baron, ensalzaba en armoniosas trovas las prendas de aquellas orgullosas damas, que á trueque de las estancias que alababan su hermosura, sacando muchas veces á relucir sus defectos de odiosa rival, sacrificaban gustosas su reputacion y su honor.

Tales son las bases de los tres géneros que debemos examinar, géneros que son sin disputa los principales, si no los únicos en que se ocuparon los trovadores. Pero ora nos llamen la atencion las *albas* y *serenas*; el *cor* y el *discor*, el *lai* y la *requesta*, esa infinidad de variedades en una palabra, que por proponerse un mismo fin hemos reunido bajo el nombre de poesía lírica ó amorosa; ora dirijamos nuestras miradas hácia la heroica; ora finalmente la fijemos en la mas original entre los provenzales, en la satírica, nos admiraremos sin duda al ver la uniformidad en el pensamiento, un fondo de sentimiento comun, y muchas veces expresiones unos y otros con idénticas palabras. Y no es que faltaran á aquellos poetas asuntos dignos, grandes y nobles en que dar rauda vuelo á la imaginacion, pues sin contar con que habitaban bajo un cielo magnifico que se extendia sobre risueñas y fértiles campiñas, cuya atmósfera bañaba la violeta y el azahar; sin contar con que pañaban á su lado variados espectáculos de guerra altamente poéticos de suyo; sin contar con que los altos deberes de la caballería inspiraban el fanatismo de las santas acciones, realizábanse junto á ellos hechos tan grandes como la conquista de Inglaterra por Guillermo de Normandía, la de Sicilia por Roberto Guiscard y Tancredo de Hauteville, la toma de Constantinopla por Balduino de Flandes, y la conquista de Jerusalem por Godofredo de Bouillon.

Pero aquellos poetas dejándose mas bien avasallar por la forma exterior, cediendo gustosos á las exigencias de una dama que en el mero hecho de ser trovadores olvidaba á pesar de su ilustre ascendencia la ilustre condicion en que habian nacido, descuidaban con buena voluntad el fondo que constituye la esencia de la verdadera poesía, para dar á la forma giros dulces y armoniosos que fácilmente pudieran cautivar el sentido, aun cuando no llegaran al corazón. Poco les importaban los ejemplos de la antigüedad que algunos llevaron á conocer; poco les importaba la muerte prematura á que estaban condenadas sus composiciones, muchas veces la mayor parte de ellas solo debian servir para ablandar un pecho insensible ó tributar una muestra de gratitud, y conseguido el objeto no aspiraban á mas. Triste destino por cierto, pero que pinta con vivos y animadísimos colores el estado facticio de aquella facticia sociedad.

¿Queréis una prueba mas incontestable de lo que podia ser la poesía de los trovadores provenzales? La encontrareis si considerais que un Godofredo Rudel abandona las costas de su patria para correr en pos de una princesa, cuya hermosura ideal le ha trastornado la razon, muriendo gozoso en apartado suelo porque ha podido estrechar entre las suyas la mano de aquella; la encontrareis si considerais que Arnaldo Daniel, el gran maestro de amor canta apasionadamente á la princesa que ha jugado con su corazón, á pesar de tomar parte en hechos mas gloriosos y mas dignos por tanto de excitar su sentimiento poético; la encontrareis en un Guillermo de Cabestany que muere con su querida sacrificados á la venganza torpe, noble é indigna, pero tal vez propia de un esposo ofendido. Y si esto no basta aun, echad una mirada á esos incalificables certámenes que con el nombre de *corts d'amor* presidieron con tanta brillantez la condesa de Champagne, la condesa de Flandes, Ermengarda, vizcondesa de Narbona, Eleonora

de Aquitania y Laureta de Avignon. Si no supiéramos el valor que para aquella sociedad altamente caballeresca tenian estos y otros actos semejantes, nos causarían verdadera lástima aquellas nobles señoras que erigidas en jueces divinizan las ridículas competencias que se trababan sobre cuestiones de amor; pero aun así no puede menos que hacernos formar pobre idea aquel tribunal, que ajustando sus decisiones á un código singular, sentenciaba con la formalidad de un jurado «á ser privado de los favores de dos damas sin que ninguna otra que fuera honrada pudiera concederle su amor, al amante que ligado ya por un afecto decoroso requeria de amores á otra mujer como si no hubiera antes prometido su fe.» Y cuenta que no eran solo cuestiones de amor y galantería las que se dejaban á la decision de aquel tribunal. Los *tenzones* ó *joctos partits*, lucha poética entre dos ó mas trovadores, era otro de los asuntos que debían decidirse en el tribunal de las damas. «Con frecuencia, dice Sismondi, se disputaban el premio de la poesía aquellos que habian blandido las armas para ganar la banda ó la corona destinada al mas gentil justador. Uno de ellos preluendo una melodía en su arpa, proponia el objeto de la cuestion, á lo cual contestaba otro valiéndose de la misma armonía musical y de idéntico ritmo poético, alternando de este modo en sus improvisaciones que generalmente no pasaban de cinco por parte. La corte de amor deliberaba, discutía del mérito de la composicion y el fondo de la poesía, y daba en verso la sentencia que concedía el premio y terminaba la cuestion.»

A grandes rasgos hemos podido dar á conocer la poesía lírica de los trovadores; pero poco imparcial sería nuestro juicio, si dijéramos que á todos les alcanza el que hemos formado en general. Excepciones hay y felizmente no escasas que demuestran que si con harta frecuencia se dejaron llevar de cierto mecanismo que se habia introducido en la composicion, hubo algunos verdaderamente inspirados que solo cantaron los sentimientos que les inspiraba su alma. Así el ya citado Arnaldo Daniel es un verdadero poeta cuando despues de haber perdido el amor de su *Bellocer*, canta desde Montpellier este *lai*: «Afortunados lugares do ella mora, ¿cuándo os volveré á ver. ¿Jamás me será dado abrazar á una persona que venga de allá? ¡Un pastor, un simple pastor que viniera de su castillo sería para mí lo que el mas poderoso baron! ¡Oh! ¿porqué no me condenais á vivir en un desierto si en él la debia encontrar?» Ni son tampoco indignos de figurar al lado de las mejores estas estrofas de otro trovador. «Por do quier se me presenta la alegría, el recreo y la consolacion, cuando en medio de los prados y vergeles, en las hojas de las flores que reanima la fresca de la mañana, veo jugar á los inocentes cantores de los bosques. Pero ni los cantos, ni la alegría, ni los dominios son tan gratos como Dios y el amor.»

«No soy insensible á la primavera, ni menos me agrada el sol radiante, ni los dulces trinos de los pájaros que revolotean entre la verdura. Pero todo goce languidece ante cumplida dama si es bella y nos ama con pasión.»

Lo repetimos sin embargo: no son estas desgraciadamente las expresiones mas comunes en boca de los trovadores. Siquiera en los dos fragmentos que, como con muchos otros pudiéramos, acabamos de citar, encontramos los sentimientos puros del corazón expresados de un modo noble, digno, con imágenes altamente poéticas, con expresiones elegantes y un ritmo altamente encantador. Compárense por un momento á la ridícula alegoría de Guillermo de Aquitania, compárense á las *albas* y *serenas* en que maldecían al sol que venia ó saludaban á la luna que con su luz pálida les convidaba á los groseros favores que con tanta facilidad solian alcanzar, y las bellezas de aquellas quedarán mas de resalto.

Mas hora es ya de que entrando en el exámen del segundo género que cultivaron los trovadores, podamos confirmar la opinion sentada en el comienzo de nuestro ligero trabajo. Dijimos entonces y repetimos ahora que solo en la sátira se distinguieron principalmente los poetas provenzales, y la experiencia vendrá á confirmar nuestro aserto. No es esto decir que no se encuentren entre ellos algunos cantos guerreros que como los de Bertrand del Born y Guillermo de San Gregor merecen colocarse al lado de los mejores; pero exceptuando estos pocos, encontramos en ninguno de ellos inspiracion? Y aun estos mismos mas bien se deben al espíritu belicoso de sus autores que al interés que podia prestar el asunto.

Las cruzadas, esta divina epopeya que forma la transicion de la edad media al renacimiento, ese grande hecho que pone en agitacion á la humanidad entera, que abandona cuantos objetos le son mas queridos para rescatar la tumba del Redentor ¿qué efecto produce en los trovadores? ¿Un himno de triunfo? ¿un canto de guerra que animara los suyos en el combate? Nada menos que esto. Solo las pálidas predicanzas para cuyo asunto se valían de los principios y máximas que habia vertido el sacerdote desde el púlpito, y que cantadas en el atrio de los templos ó en las plazas de los castillos, eran muchas veces poderoso incentivo para que algunos colocaran en su pecho el símbolo de nuestra redencion. Aparte de esto, solo encontramos una que otra cortísima poesía en la que á la par que se alaban las maravillas de aquella piadosa expedicion, digna de memoria á pesar de los excesos, errores y violencias de que fué causa, se invoca el nombre del Señor para que conceda próspero viaje al bajel que saliendo del puerto de Alejandria debía aportar en las costas de Marsella ó Cataluña. Y no es que faltara á los trovadores el senti-

miento religioso, no es que carecieran del sentimiento patriótico, únicos móviles que obraban en aquella expedicion: careciendo de ellos hubieran estado desposeídos de dos de las mas altas cualidades que en sí debia reunir un caballero, y hemos dicho que los trovadores por humilde que hubiera sido su cuna eran considerados como tales. Pero los caballeros prestaban culto á Dios á la par que á su dama; y los trovadores quizás tenian en mas á esta que á aquel. No siendo así, ¿cómo se explica que la victoria no les arrancara un solo canto de gratitud y si solo el cumplimiento de la promesa que hicieran en alta mar, para el caso en que salvando la vida pudiesen saludar de nuevo á su amada? ¿Cómo se concibe que Bertrand del Born del cual podria muy bien decirse que «era su descanso el pelear.» dejara de tomar parte en aquel glorioso acontecimiento obediendo á una mirada de la señora de su corazón? ¿Qué mucho! ¡si estas lejos de alentarles á la pelea, ya que de tal incentivo habian menester, maldecian las cruzadas que se llevaban sus mas hermosos caballeros y ridiculizaban la resolucion del rey que tal determinó! De modo que el grito de *Dieu li velt* que saliendo de Clermont, resonó inmediatamente en todas las ciudades de Europa, bastando para que los señores olvidaran sus querellas, dieran treguas á sus exacciones y partieran á Jerusalem seguidos de sus vasallos, solo encontró débil eco en el pecho de los trovadores, pues si por acaso y quizás mas bien por el buen parecer que por propia voluntad un Guillermo de Aquitania toma parte en la lucha general, le ocupa mas el cuidado de su hijo antes de partir, que el sagrado objeto por el cual iba á pelear.

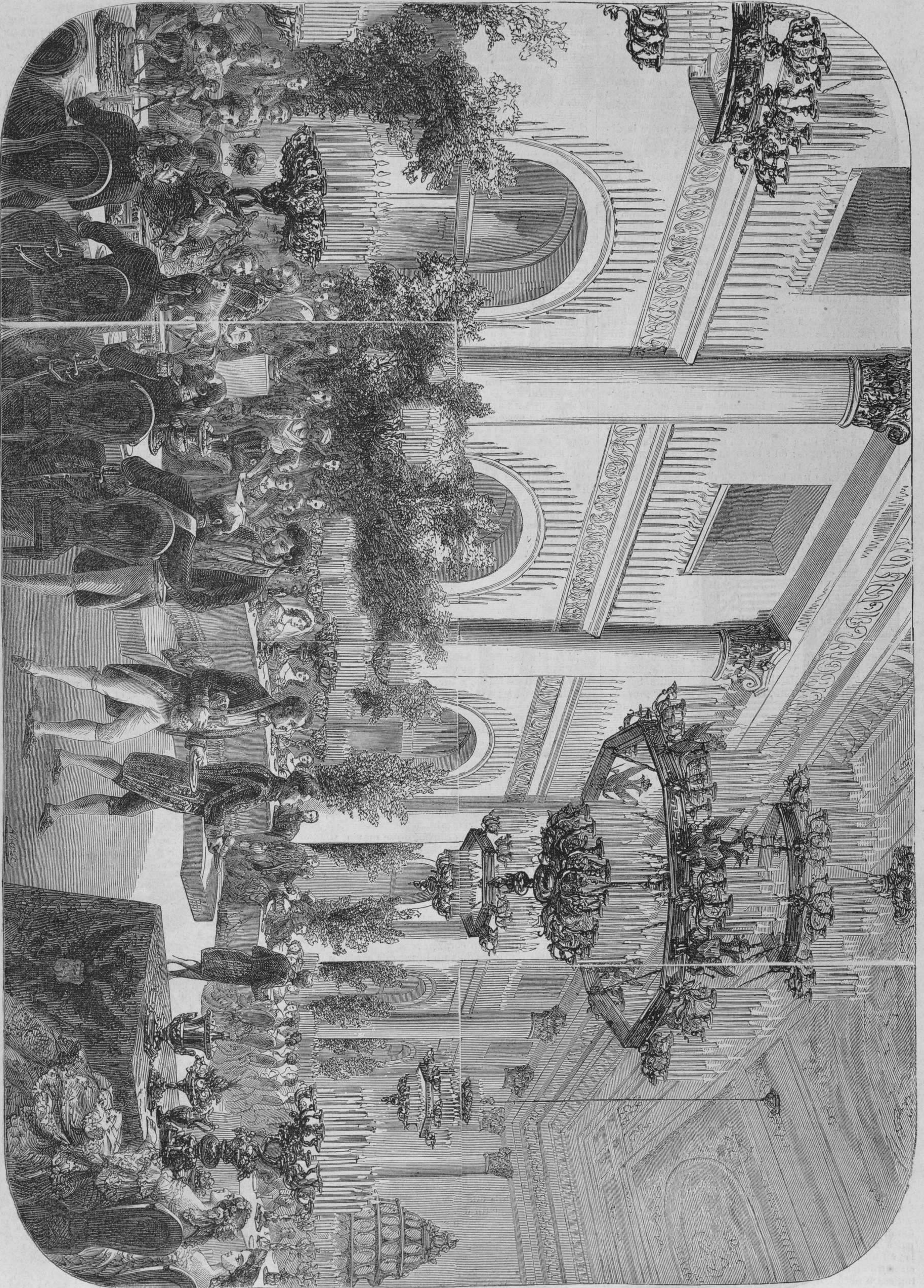
Pero si las cruzadas no fueron bastantes á conmovér á los trovadores, los vemos ya de un modo muy distinto, cuando vienen á luchar en nuestro suelo contra los enemigos de la fe. Quizás el denuedo con que peleaban á su lado los españoles, quizás el peligro que tan de cerca amagaba á sus floridas comarcas, fueron motivo para que en la conquista de Almería dieran pruebas de valor y dejaran oír armoniosos versos que animaran al combate, y juntaran á los que eran dignos de tomar parte en tan gloriosa expedicion. Decimos que el peligro cercano debia darles nuevos bríos, porque el mismo resultado observamos siempre y cuando se ve invadido su suelo por hombres de otra nacion.

Mas para este caso sabian ellos que existia un arma mas poderosa, y ora quisieran rechazar los embates de la Italia contra las ciudades libres, ora los de los Alemanes cuyo espíritu caballeresco era totalmente opuesto al suyo, ora sean víctimas de la cruda persecucion de la Iglesia, ora en fin pretendan oponerse al establecimiento en Provenza de la casa de Anjou, siempre tienen á punto la sátira mas aguda é incisiva. Este es el género en que mas han sobresalido los trovadores, en que mas originales se han presentado. Pecan las mas de las veces por sobra de atrevimiento y falta de respeto hácia los objetos que son asunto para sus amargas diatribas; mas se comprende atendido su carácter y atendidos tambien los padecimientos á que los condenaba aquella especie de Inquisicion. Y decimos aquella especie de Inquisicion, porque las sátiras á que dió pie la guerra que se hizo á los *Albigenses* son, por decirlo así, la síntesis de este género entre los trovadores. Sorprendiéranos en efecto el atrevimiento y desaprension con que Cardenal saca á relucir los innumerables vicios que desacreditaban al clero de aquella época; no podríamos explicarnos que la Iglesia permitiera las inculpaciones que se hacian á la Santa Sede, si no supiéramos que aquellos infelices lejos de ser convertidos por los medios suaves que ha tenido aquella constantemente en su mano, lejos de ser amonestados desde el púlpito y el confesionario, eran cargados como fieras, valiéndose de la enérgica expresion de un antiguo cronista, para ser llevados desde su casa al quemadero. Ira da el considerar la cruda persecucion de que fueron víctimas, y esto disculpa hasta cierto punto el empleo de un arma innoble, pero en todos tiempos poderosa para desacreditar á aquel contra quien se esgrime. Mas ya en la resbaladiza pendiente en que se habian colocado, difícilmente podian detenerse, y las sátiras que en un principio se dirigian contra sus perseguidores, fueron muy pronto asestadas contra todos los que se oponian á su voluntad.

Cardenal es entre los satíricos el que emplea un arma mas fina y aguda; nada le detiene, nada respeta y con el mismo cinismo publica los excesos, los simonías, los escándalos del clero, que la molicie del estado y los defectos de los hombres. Al oírle ofrecer un besante á cada leal con la condicion de que le dé un sueldo cada traidor; al oírle referir que la Iglesia perdona los pecados por trascendentales que sean como se rediman á peso de oro; al oírle exclamar que el mundo es una casa de locos, ocurre voluntariamente esta reflexion. Cuál era el estado de aquella efimera sociedad, lo poco que en ella podia esperarse y la amargura de la sátira de Cardenal.

A grandes pinceladas hemos dado á conocer los caracteres generales de la poesía de los trovadores. Resumiendo diremos pues: que en sus obras la forma lo es todo, el fondo muy poco ó nada: que los sentimientos y afectos que constituyen el último, están expresados las mas de las veces con palabras idénticas introduciendo cierto mecanismo en la composicion: que su dama y su Dios son los móviles de las poesías heroicas, y finalmente que solo en la sátira es donde con mas frecuencia se encuentra el sentimiento poético excitado por una verdadera inspiracion.

CAYETANO VIDAL.



Ballé de la corte en San Petersbourg. — Cena en el salon Nicolás.

salón á otro; no hablaré del brillo de los diamantes, de la riqueza de los aderezos, pues sería repetir lo que ya llevo dicho varias veces.

El aspecto que presentaba el salón Blanco cuando todos los convidados estaban en él, era verdaderamente deslumbrador. — A la izquierda de la puerta por donde debían entrar SS. MM., estaba el cuerpo diplomático, en el cual se distinguían la misión de Austria, con su gracioso traje húngaro, el príncipe Soutzo, ministro de Grecia, vestido de palikaro y las misiones de Persia y de Turquía.

Algunos extranjeros figuraban también entre la diplomacia, como el duque de Osuna, ex-embajador de España, un oficial de marina francés, y M. Latrobe americano, uno de los promotores de la emigración para América. A la derecha estaban los puestos destinados á la familia imperial, y por el mismo lado se agrupaban las señoras; lo demás de la sala estaba lleno por las ilustraciones rusas de toda clase, y por los representantes de esas nobles familias que todas han llevado su piedra al edificio tan gloriosamente elevado de la civilización en el Norte oriental de la Europa; allí estaba lo más escogido del ejército, de la magistratura, los grandes cuerpos del Estado, y á pesar de que había allí dos mil personas, las dimensiones del salón son tan grandes que se circulaba fácilmente.

Pero al fin se abre la puerta que comunica con los aposentos interiores y aparecen SS. MM. precedidas del gran mariscal de la corte, y seguidas de los grandes duques Constantino, Nicolás y Miguel, y de las grandes duquesas María, Nicolás, Miguel, Catalina, su esposo el príncipe de Mecklemburgo y del príncipe de Oldemburgo.

El emperador lucía el uniforme de húsar de su guardia imperial; un dolman blanco adornado de pieles sobre el cual se destaca el cordón azul celeste de la orden de San Andrés y las insignias de edecan del emperador Nicolás que continúa usando. La emperatriz estaba cubierta de diamantes; en su cabeza se elevaba una diadema asombrosa, y una redicilla de pedrerías cubría sus cabellos. Llevaba una túnica corta de anchas mallas sobre un vestido blanco de una elegante sencillez, pero en cada nudo de esas mallas brillaba un diamante sobre un pompon de seda escarlata; unos tirantes sembrados de piedras preciosas sostenían esa vestidura. El collar y los brazaletes no pueden describirse.

Los prendidos de las grandes duquesas merecerían un examen profundo; pero mi pluma no está acostumbrada á tales descripciones. El conde Adlerberg, ministro de la casa del emperador, los grandes dignatarios entre los cuales pude distinguir al príncipe Orloff, al almirante Mentschikoff, al edecan y los chambelanes de servicio, marchaban en la comitiva de SS. MM., así como algunas señoras á cuya cabeza estaba la princesa de Soltikoff.

Después de un gracioso saludo dirigido por el emperador y la emperatriz á la brillante asamblea, la orquesta dió casi inmediatamente la señal del baile. Según el uso de San Petersburgo, el baile comenzó por una polaca, que consiste en un paseo por los aposentos, dando la mano á una señora. El conde Bork, gran maestro de ceremonias abría la marcha; iban después el emperador con la emperatriz, los grandes duques y una larga fila de bailarines ó paseantes. Algunas damas cambiaron de caballero, y después de haber recorrido diferentes salones del palacio, la polaca se concluyó cuando SS. MM. volvieron al puesto destinado á la familia imperial.

Entonces principió el baile verdadero; se organizaron las contradanzas; á los *lancers* que se puede llamar un baile estratégico siguió el wals, y luego la mazurka, pero una mazurka rusa, bailada de pie maestro; cada cual rivalizaba en alegría, y entre tanto el emperador se paseaba entre los convidados dirigiendo á cada uno palabras afables. La emperatriz hacia lo mismo entre las señoras.

Las horas trascurren y las contradanzas no cesaban; cada vez era mayor la animación; la diplomacia olvidando las graves cuestiones de la política, tomaba su parte en el alborozo de la corte imperial. El ministro de Turquía se señaló como un bailarín intrépido; — pero llega la hora de la cena, y el emperador dando la mano á la emperatriz y seguido de toda la corte, se dirige hacia los aposentos donde estaba puesta la mesa. En siete salones que cada uno merecería una descripción particular, se veían servicios ostentosos; era aquello como una historia del arte de la platería desde Catalina hasta nuestra época, pues cada soberano se empeña en aumentar esa preciosa colección de obras maestras. Dos mil personas pudieron sentarse ante las mesas; era un verdadero festín de Baltasar.

El salón Nicolás así llamado por un hermoso retrato ecuestre del emperador difunto, debido al talento de Kruger, se reservó para la mesa imperial. Mas de cuatro mil bugías le daban una claridad extraordinaria. (En la iluminación de los salones había 24,391 bugías.) En el centro enfrente del retrato y en un estrado cubierto de terciopelo encarnado, se elevaba en forma de herradura la mesa de la emperatriz en la que había quince cubiertos; un canastillo de flores rodeaba el servicio completo de antigua porcelana de Sevres y plata sobredorada.

La mesa destinada al cuerpo diplomático, que presidía el conde Bork, tenía un sortu cuyas piezas principales hechas en Inglaterra fueron compradas por Nicolás en un millón de francos; pero se completó tan bien en San Petersburgo que es imposible adivinar si es obra inglesa ú obra rusa.

Las demás mesas tenían iguales adornos: por todas partes se veían flores y plantas preciosas, y detrás de la mesa imperial una empalizada de camelias en flor ofrecía á la vista las magnificencias de la naturaleza enfrente de las magnificencias del arte.

Uno de los ornatos más suntuosos de ese salón era el de los cuatro aparadores cubiertos de platos de oro y de plata, de saleros de los mismos metales, ofrendas de las diferentes corporaciones del imperio bajo el nombre de *kleb sol*, pan y sal, en la coronación de los czares. Algunos jarrones preciosos figuraban ingeniosamente colocados en medio de aquel conjunto de riquezas más preciosas aun por el trabajo que por el valor de los metales. Otros dos aparadores se hallaban en el salón que precede al de Nicolás.

En la galería alta la música de los regimientos de Preobajensky y de Gatschina, hacían resonar sus instrumentos cuyo ruido casi se perdía en la inmensidad del salón.

El emperador precedido del gran mariscal y dando la mano á la emperatriz, la llevó al punto que la estaba destinado; cerca de S. M. y entre las grandes duquesas se sentaron los más altos dignatarios del imperio. El emperador se paseó algunos instantes de una mesa á otra hablando con sus convidados, y al fin hallando un puesto vacío entre dos señoras en la mesa que estaba enfrente de la del cuerpo diplomático, le ocupó como habría podido hacerlo otro cualquiera. Los grandes duques tampoco tenían puestos señalados y se sentaron con las damas que conducían.

Después de todas estas magnificencias, llamó muchísimo mi atención el crecido número de criados destinados al servicio. Unos, los oficiales de boca, llevaban la librea escarlata bordada con mucho galon de oro; los lacayos que les ayudaban á servir, vestían la opulenta librea de la corte, esto es, la casaca galoneada de oro con el águila de dos cabezas de la Rusia. A pesar de que eran tantos, servían sin confusión y en el mejor orden.

A las dos de la mañana se terminaba esta fiesta brillante. La muchedumbre de carruajes surcaba de nuevo silenciosamente las calles de San Petersburgo tan pacíficas á tales horas. Mi papel de observador estaba concluido; pero los tablados en la plaza del Almirantazgo, preparativos de una fiesta popular, me indican que debo acabar esta larga carta prometiendo otra para dentro de pocos días.

P. BLANCHARD.

¡Pobre Concha!

Á MI QUERIDA Y BUENA AMIGA DOÑA ROMANA DE IBARROLA.

¡Adios!

El ave va á tender su vuelo: se aleja para siempre: Dios le dé en los espacios fuerzas suficientes para arrosar impávida y serena el cansancio y las tempestades.

El ave no volverá.

Por eso canta.

¡Ah! pero sus cantares no son los de otro tiempo: no son los cantares de una misteriosa felicidad.

Entonces al resplandor de las estrellas, allá cuando el firmamento parece velar con infinitos vigías el reposo de los mortales, la pobre avecilla posada sobre la tierra que envolvían las tinieblas, cantaba al pie de un árbol cantares que solo comprendía el corazón de la que, rebozando amor, en el árbol la escuchaba.

Una noche la avecilla estaba triste.

Y estaba triste porque el árbol no se movía, y solo el viento al besar sus hojas, parecía llorar la ausencia de la dulce ingrata que en su ramaje se escondía.

— Dime, vienteçillo; tú que corriendo bosques y praderas, arrancabas ecos y aromas para arrullar el sueño de la que mi amor cautivaba, y cautivo el corazón me tenía, ¿porqué hoy, apenas leve y risueño, pareces como querer acallar algún mal que tu espíritu atormenta, cruzando triste y silencioso por esos sitios donde duerme el dulce encanto de mi corazón?

¿Porqué como otros días no llevas mis cantares, eternizándolos por los espacios como castos emblemas de una inmortal pasión?

¿Porqué detienes mi amoroso acento con esos tenues suspiros, que aunque parecen sonrisas, no son sino extraños ecos que los pesares arrancan de lo profundo del alma?

¿Porqué no acaricias mis amores?

¿Porqué pasas?

¿Porqué no respondes?

Vienteçillo, vienteçillo, no te ausentes, no huyas de ese modo; mis alas no son bastantes para elevarse hasta ese árbol querido, compendio y símbolo de mi felicidad: así, para, para, y dime: ¿qué tiene mi amada que tan silenciosa permanece, en medio de estos clamores que vierte mi dolorido pecho, y á los que solo contestan los perdidos ecos que vagan por la inmensidad?

Vienteçillo, vienteçillo; ¿porqué no me compadeces? ¿porqué no te hacen eco mis querellas? ¿porqué burlas de ese modo mis amorosas esperanzas?

¿Es acaso porque mi amada duerme?

¡Ah! si es porque duerme, pasa, pasa, y no te detengas: tu aliento pudiera enfriar su nido, ó tus arrullos desvelar sus ojos; y eso fuera bien triste para quien solo felicidades le desea.

Yo velaré, vienteçillo, yo velaré.

¡Es tan dulce velar el sueño de la que se ama!

Mi pico estará silencioso: lo esconderé entre el plumaje de mis alas para que ni su respiro se oiga, en tanto que vigilante el oído, escucha en todas direcciones, ya para prevenir importunos rumores, ya para sorprender la tempestad.

Yo velaré, vienteçillo, yo velaré.

Y mañana, cuando el ángel de los buenos colorea los cielos con su benéfica luz, cuando las vírgenes inmortales viertan sus lágrimas de ternura sobre las purísimas flores cuyos emblemas son: cuando la mirada de Dios inflame la eterna lumbrera que rige en los espacios, ¡feliz yo, si abarcando en el ensueño de mi felicidad los recónditos pliegues de ese ramaje, puedo recoger en el primer rayo de luz que sorprenda sus pupilas, la primera mirada con que debe saludar al Ser que le permite gozar otro día más de las portentosas obras de su genio.

¡Feliz yo, si en su mirada adivino su amor!

¡Feliz yo, si en sus cantares sorprendo mi felicidad!

Y el avecilla calló.

Y el viento, que huido había, ó parado escuchaba sus congojas, volvió á murmurar: y al agitar el blando follaje del arbusto, doloroso suspiro pareció verter: y el ave, que absorta escuchaba, oyó estas palabras que le llenaron de pavorosa desesperación.

— Avecilla, pobre avecilla, que ni desdenes te turban ni ingratitudes te estremecen; cierra para siempre tu pico y da libre rinda á tu quebranto, si él ha de librarte de más profundos sabores.

» El ave por quien morías ya no está: su albergue yace frío como lo estaba su pecho, puesto que tuvo pecho para alejarse de ti: nada hay en él que recuerde tus días de soñada felicidad: la inconstancia la ha envuelto en su misterioso manto; la ingratitud en sus colosales ambiciones.

» Lloro, pobre avecilla, llora desdenes que nunca soñaste, ni desvíos que nunca concebiste: el mar que embarga tu corazón, espuma debe ser, que apenas apartada de las rompientes donde el dolor se estrella, queda extinguida del todo, como si nunca hubiera brotado al poderoso embate de la ingratitud.

» El viajero que temple sus ardores en cristalino estanque, no vuelve á él si al estampar los secos labios entreve el cieno de su fondo, ó adivina la ponzoña que en él se esconde.

» Las flores cuyas espinas dañan, nunca son las que adornan el casto seno de las vírgenes, ni la inmaculada frente de las desposadas: perjuras en su grandeza, ninguna boca acaricia sus perfumadas hojas, ninguna mano su gentil capullo: nacen y mueren, si admiradas de algunos, empobrecidas por la opinión de todos.

» Así las mujeres, cuyos corazones gastados por el exceso matan ó agostan cuantas nobles pasiones giran en su alredeor; ¡feliz aquella cuya frente, en su modesta altivez, es mas ansiada por sus virtudes que querida por sus sensaciones!

» ¡Ah! ciertas mujeres no son ya ni la sombra del ángel caído por el abuso de la inocencia! no; ¡degeneración de una raza sublime, el tiempo ha impreso en ella la monstruosa aberración de los réprobos: edificio en ruinas, nada inspira al caminante, como no sea la ilusión de un pasado que hacia más posible la felicidad!»

Y la voz que había sonado se extinguió al punto entre los rumores de la tempestad cercana.

Y el avecilla lanzó un quejido.

Y tendiendo las alas, voló al fondo de su nido, donde la aurora sorprendió las amargas lágrimas de su dolor.

¡Pobre avecilla!

Ella era feliz: su felicidad fué robada, y robada por la misma que se la dió.

¡Ah! también mi corazón rebotaba felicidad por una mujer que compendia todos los sueños de una tranquila existencia.

Y también como el avecilla, cantó bajo el misterioso ramaje de su amor.

Y sus cantos, tristes como los recuerdos, melancólicos como los sepulcros, cruzaron un día sin que voz amiga les respondiese, sin que acento alguno les contestase.

El poeta, como el avecilla, se sintió herido de muerte. ¡Herido por la misma mano que un día cicatrizó las heridas de sus profundos dolores!

¡Ah! el poeta canta: ¿porqué cantará el poeta?

¡Quién sabe!

¡Pobre poeta!

Su lira lanza sonidos de lúgubre desesperación: el petrel que cruza por los espacios también canta: pero los ecos del poeta son los ecos de la tempestad que cruza, y los cantos del petrel el augurio de la tempestad que llega.

Mas; ¡quién sabe si el poeta como el petrel cantarán por un triste presentimiento, y el petrel como el poeta por congojosa pasión!

¿Porqué lloras, poeta? Maldiga Dios al corazón femenino que así rompe el velo de tus amores, para sepultarte en la profunda sima de los pesares. Y lance el rayo de su justa cólera sobre la frente del que solo tiene en sus labios palabras de amargura para tu corazón.

No flores, poeta, no flores.

La humanidad se ríe de las lágrimas: ¿qué le importan los sentimientos del que aislado en el mundo, árbol es nacido en el desierto, donde el ingrato caminante ni un adiós le deja, después de haber reposado á su sombra?

No flores, poeta, no flores.

Aquí nadie ama; nada por tanto siente: así nadie habrá ca, az de tenderte una mano amiga, en la cual puedes hallar la inmensa y sublime realidad del cariño.

Y si no, dime: ¿qué ha sido de tu vida? ¿qué de las lozanas horas de tu juventud? ¿qué de las espléndidas ilusiones de tu amor?

¡Ay! huyeron para siempre.

El agudo dardo de la ingratitud envenenó su existencia: él ha corroi lo las bellas esperanzas del porvenir.

¡Pobre poeta! ¡Y quién sabe lo que aun te espera!

Es verdad.

En días de mas venturosa calma, mi vida era cristalino arroyuelo, dormido en perfumado campo de flores.

La felicidad me sonreía; las ilusiones me acariciaban.

Pero ¡qué felicidad, Dios mío, qué felicidad!

Los campos y los bosques, hé aquí mis alegrías; Dios y el hogar doméstico, hé aquí mis ilusiones.

Los bosques, las montañas, ¿porqué me inspiran tan religioso fervor, veneración tan profunda?

¿Será porque entre ellos me sonrieron los primeros años de mi existencia?

¡Quién sabe!

Pero ¡ah! no, no, recuerdos mas profundos, encantos mas halagüeños, tradiciones mas sagradas son los que hácia ellos me inclinan: la historia del mundo todo, grabada en la cumbre de un peñasco, ó encerrada en el frondoso ramaje de un bosque.

En la cumbre de una montaña expiró el Hijo de Dios por la redención del hijo del hombre: hé aquí la gloria del mundo sagrado: entre el ramaje de un bosque la madre de los humanos perdió á la humanidad: hé aquí la historia del mundo profano.

Misés recibió en el monte Sinaí las palabras del Señor.

Jesucristo oró en el monte Olivete y en él fué vendido.

En la cumbre de un monte se le tentó á prosternarse ante el espíritu de las tinieblas.

De la cumbre de un monte se elevó á los cielos.

Abraham subió á un monte á sacrificar á su hijo Isaac.

San Pedro eternizaba sobre la cúspide de siete colinas su permanencia en la tierra.

Noé se detenía sobre el monte Arahath extinguido el diluvio á dar gracias al Señor.

En la grieta de una montaña cantó san Gerónimo la Omnipotencia de Dios.

En lo profundo de las montañas compartían los ascetas y eremitas su alimento con las fieras que se arrastraban á su piés.

En los bosques del Líbano alzaban los profetas sus cánticos á Dios, y en sus eternos árboles colgaban las arpas de marfil y oro con que acompañaban sus cantares.

Safo se arrojó de un peñasco.

Homero cantaba su propia inmortalidad sobre la cumbre de un monte.

Neron desde la roca Tarpeya recitaba coronado de flores los versos de Virgilio sobre la destruccion de Troya, mientras por su mandato ardía la ciudad eterna.

El Parnaso es un monte.

Mahoma promete eternas bienaventuranzas en un eden, cuyos árboles cargados de frutos, encierran cincuenta huris de ojos negros y cabellera de ébano.

Chateaubriand immortaliza los bosques de América con los profundos amores de René y Atala.

Pablo y Virginia se amaron en un bosque.

Los orientales se prosternan sobre los peñascos de los montes á la salida del sol, para adorar al Redentor del mundo.

El esquimal, feliz en su ignorancia, vive en profundos bosques, bastándole una simple piel de vaca marina para lanzarse en busca de otra patria por medio de sus pavorosos mares.

Adán y Eva se amaron en un bosque.

Mi país es solo bosques y montañas.

Mi primer amor brotó sobre la cúspide de un monte: brotó sobre la cúspide del Pirineo.

¡Del Pirineo! de ese eterno libro, cuyas páginas admira el hombre sin que le baste jamás su alma para comprenderlas.

¡Tan magníficas son!

¿No he de amar, pues, bosques y montañas, campos y valles, si ellas compendian los recuerdos de tantos siglos, el pasado de mi felicidad?

Vizcaya con sus bosques, el Pirineo con sus montañas: hé aquí las profundas impresiones de mi infancia: hé aquí las arraigadas ilusiones de mi corazón.

¡Vizcaya! su cielo sorprendió el primer rayo de luz que brotó de mis pupilas. ¡El Pirineo! sus campos absorbieron los últimos suspiros de un amor.

¡Encantos de mi vida! ¡yo os saludo!

Vuestro pasado no se borrará jamás de mi memoria.

En ella vivireis como la sola rémora, como el único lenitivo para acallar las tumultuosas pasiones de mi existencia.

¡Ah! dichosos para el hombre aquellos tiempos que flores de arrobador perfume llegan á acariciar sus sueños cuando las desgracias han muerto ya su corazón.

Dichosas las horas que, veladas por el vaporoso manto de una extinguida felicidad, baten sus alas sobre la frente del que solo ve en ella las huellas de los pesares, y le arroban aun en éxtasis de subline tranquilidad.

¡Dios mío! ¡y cuán bello es mi pasado!

¡Y cuán triste mi presente!

¡Y cuán pavoroso mi porvenir!

¿De qué me sirve este átomo de gloria que brilla sobre mi existencia, si el soplo de los desengaños lo va amortiguando y extinguiendo, como se aporrigua y extingue la estrella sobre quien se posa el blanco celaje de una nube?

¡Ah! ¿qué no daría por disfrutar esa calma de serena felicidad, que lejos de este mortal infierno disfruta uno de los amigos mas queridos de mi corazón?

Mas... ¡Quién sabe si me haría feliz!

¡Quién sabe si él lo será siempre!

Oid sus palabras.

Las arranco de una carta que acaba de escribirme, y á cuya íntima confianza voy á hacer traicion.

Perdóname ¡pobre Herran mío! perdóname, fiel amigo de mi corazón, si abusando de tu bondad, me atrevo á violar los inocentes sentimientos de tu alma, dándoles publicidad.

Hélas aquí.

«No puedes imaginarte qué vida tan pacífica disfruto en este pueblo, aun cuando parezca ruda y monótona.

» Pero te confieso es vida que puede soportarse bien y hacer feliz por completo al corazón.

» Y sobre todo, si al lado de esta felicidad se tiene una compañera á quien poder hacer partícipe de tales dichas, al entregarle vida y corazón.

» Si, Sebastian, conozco la corte: conozco cuánto puede uno esperar de sus falsos atractivos, de sus efímeros placeres: y por esto encuentro mas felicidad, mas dicha, mas amor, menos engaños, mas tranquila existencia, en estos apartados rincones, en los que, si no se encuentran esas mentidas y engañosas sirenas que hacen pasar la vida como en un eden, en cambio respiras la paz doméstica y ese casto y santo amor con cuyos perfumes te aduermes como el sueño de los justos.

» Ahora bien, compara la vida del cortesano con la del que como yo, ignorado de todos los seres, vejeta en este apartado rincón, y dime quién es mas feliz, y quién se alimenta de la realidad y de la mentira, de la ficción y del engaño.»

Ya lo oyes ¡pobre Concha! hace algun tiempo esta carta hubiera sido un sarcasmo lanzado á mi felicidad, una imprecación caída sobre el paraíso de mi ventura; tanto te amaba: hoy rocío bienhechor, dulce reposo ha derramado sobre mi existencia, serena tranquilidad sobre mi espíritu: así es como mi corazón repogado en sí mismo ha ido á refugiarse en esa segunda vida de la existencia, que tan feliz la hace, en la vida de los recuerdos.

Vive, pues, tranquila; mis labios no pronunciarán jamás imprecación alguna sobre tu nombre; mis quejas no turbarán los sueños de tu porvenir; honrado como siempre, como siempre bueno, mas de una vez han de pronunciar tus labios estas profundas palabras:

«Solo él era digno de mí.»

Y es verdad: solo yo lo he sido, y lo que es mas: solo yo lo seré. Tú lo has confesado.

¡Pobre Concha! ¿porqué tanto odio en tu corazón? ¿porqué tanto perjurio en tus labios?

Te juzgué un ángel; perdóname: tú me has hecho adivinar que no eres mas que una mujer.

¡Qué mal me has comprendido!

A mi presencia huyes como asustada gacela, á quien aleve cazador acecha para hacerla su víctima.

¿Porqué huyes?

El cazador está desarmado; la gacela, pues, puede estar tranquila en su morada.

No debes huir.

Al reposo de tu alma podía hacer traicion tu semblante, y eso sería hacerte delincuente.

Y tú no lo eres, pobre Concha, tú no lo eres.

Has dejado de amar.

¿Qué culpa tienen las flores de que se agote su perfume, ni las fuentes de que se seque su cauce?

Ninguno, el soplo del tiempo; ese es el único responsable de la veledad humana.

¿Porqué huyes?

¿Por miedo? yo no te persigo.

¿Por temor? yo no te aborrezco.

¿Por odio? yo no te he engañado.

¿Por vergüenza? yo no te he ofendido.

¿Porqué huyes?

¡Ah! ¿te dice algo la conciencia? puede ser que sí.

¿No te alarma mi tranquilidad en parangon con tus pueriles recelos?

¡Pobre Concha!

¡Ay! pronto no te estremecerás ante mi presencia, ni huirás azorada ante el recuerdo de mi amor.

El ave va á tender sus alas; se aleja para mucho tiempo: pídele á Dios, si quiera por lo que te ha amado, le dé fuerzas suficientes para arrostrar impávida y serena el cansancio y las tempestades.

El ave no volverá.

Hé aquí, pues, su último canto.

Es un «adiós» postrero, único como su amor, profundo como su recuerdo, inmenso como su realidad.

Adios, pues, adios; y si á tu oído llega este postrer lamento, quiera el cielo no sea cuando envuelta en el misterioso manto de los sueños, estén diciendo tus labios: *él solo era digno de mí*; porque esto sería hacer traicion á la profunda insensibilidad que ha demostrado tu alma; y yo no quiero que ni aun en sueños puedas achacarme haber querido turbar tu reposo.

Y tú, mi buena Romana, cuya encantadora amistad tantos momentos felices me ha dado, admítete triste desahogo de mi alma, siquier, ya que no por otra cosa, por haber sido tú la que con inolvidables consejos has derramado sobre mi corazón la perdida tranquilidad y devuelto á mi alma la centella de su inspiración, perdida ya como brillante estrella entre las sombrías nubes de pavorosa tempestad.

¡No sabes cuán feliz me has hecho!

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

Toma y ocupacion de Canton.

M. J. de Comeiras, cirujano mayor del cuerpo expedicionario francés escribe de Canton con fecha 7 de enero la siguiente correspondencia:

La Francia tiene una página gloriosa que añadir á su historia. La ciudad de Canton que cuenta 800,000 habitantes, ha sido tomada por un brillante hecho de armas que honra mucho á los jefes que le dirigieron. Las fuerzas combinadas de la Francia y de la Inglaterra se habian preparado para el ataque que debia efectuarse simultáneamente por tierra y por mar. El *Phlegton*, la *Dragonne*, la *Mitraille*, la *Fusée*, la *Abalanche* y el *Marceau*, estaban acoderados bajo los muros de la ciudad al Sur y á corta distancia. La escuadra inglesa fuerte de veinticinco buques, completaba la línea de acoderamiento y estrechaba la gran ciudad que amenazaba con su poderosa artillería. Sobre Deutsch Soly habia una batería de cinco morteros.

El 28 de diciembre de 1857 al despuntar el día, se rompió un fuego terrible contra la ciudad que respondia débilmente. No tardaron en declararse incendios en varios puntos. A las diez de la mañana el almirante Rigault de Genouilly bajaba á tierra con su estado mayor, en breve se reunió con él el general inglés Straubenzee. Estos dos oficiales generales se habian encontrado ya en otro campo de batalla y habian asistido á todas las peripecias de la guerra de Crimea.

Nuestras tropas desembarcaron á las diez y media de la mañana. Algunos ingleses ocupaban desde la víspera el sitio elegido para el desembarco. Habíanse fabricado algunos puentes muy de prisa, pero no estaban concluidos aun, y nuestros hombres saltaron en tierra sin ser molestados.

A eso de las once la division francesa fuerte de unos 1,000 hombres, y protegida por algunas piezas de artillería, se formaba en masa sobre la izquierda acercándose á las aldeas próximas á las murallas; el almirante Rigault practicaba un reconocimiento con el general inglés cuando de repente se empuña un nutrido fuego de fusilería delante de las aldeas y detrás de los muchos cercados que ofrecian un abrigo natural al enemigo. De todas las quebraduras del terreno se veían surgir nubes de chinos que hacian fuego agitando banderas y lanzando cohetes. Nuestros tiradores periguieron á esas bandas y se ocuparon sobre todo de la izquierda. La derecha pertenecía á los ingleses. Nuestros dos batallones lanzados por el almirante Rigault perseguían á los chinos á la bayoneta é incendiaban al arrabal y una aldea de donde salían los tiros mas terribles.

La tardanza de los ingleses debida á circunstancias marítimas, alarmaba mucho á nuestro digno jefe que á cada instante temía verse envuelto por un enemigo muy superior en número. Nuestros aliados debian apoderarse del fuerte de Lyn. A las once y media el general Straubenzee pidió al almirante Rigault que se dirigió con veinticinco soldados de infantería de marina, que ocupara un cerro. Estos valientes mandados por el sargento primero Martin Despalieres, toman el fuerte por asalto, y nuestros colores ondean sobre sus muros antes de que lleguen los ingleses. Un hurra inmenso lanzado en toda la línea y los gritos repetidos de ¡Viva el emperador! aclaman á los ojos de todos aquel brillante episodio. Nuestros soldados de la artillería ligera rompan su fuego para responder á los cañones de los fuertes del Norte y las muchas descargas de fusilería ejecutadas por los chinos. Por fin, las columnas inglesas, artillería, infantería, blue jacquet, llegaban en masas conducidas por el almirante Seymour, y tomaban posición sobre las alturas delante del fuerte Lyn. La artillería ligera hacia un fuego terrible contra las aldeas que limitan la ciudad al Este. El campamento se estableció sobre las alturas y el cuartel general en una pagoda á la derecha de las tropas. Durante toda la noche la escuadra combinada continuó su fuego. Nuestros puestos avanzados no cesaron de sufrir el fuego de los tiradores chinos que lanzaban una gran cantidad de flechas incendiarias. Algunos hombres fueron heridos por los proyectiles.

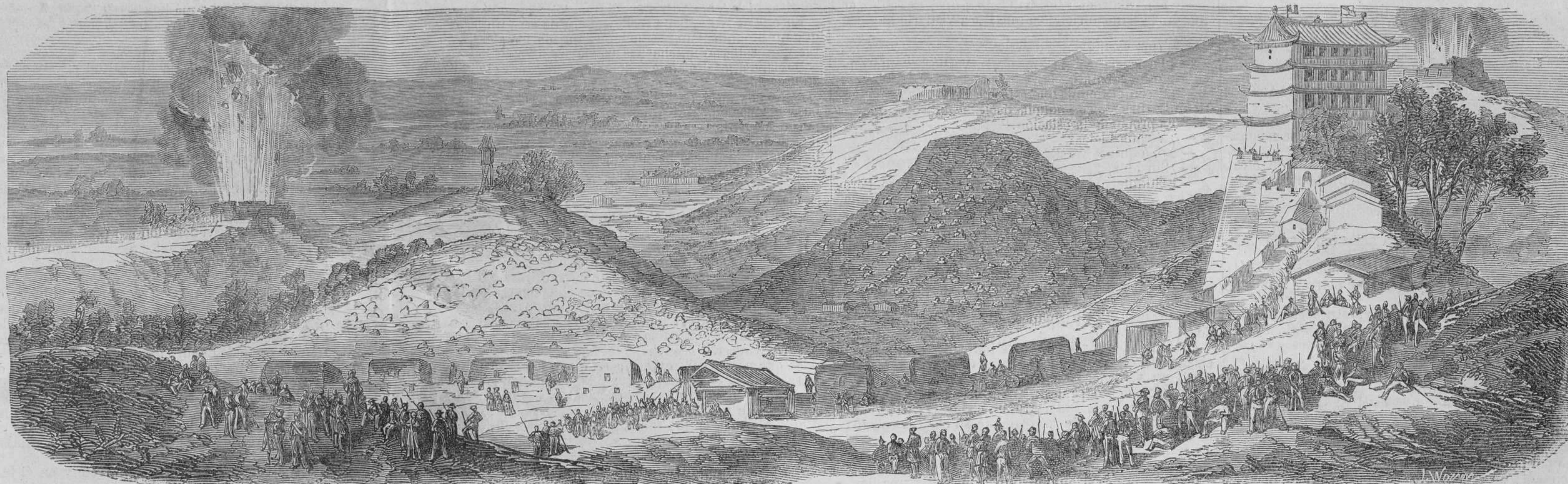
El 29 al despuntar el día, toda nuestra línea se desplegó sobre los muchos cerros que existen delante del fuerte Lyn. La escuadra continuaba sus disparos contra la ciudad y contra las murallas. Las tropas inglesas llegaban incesantemente y al punto formaban en batalla. La artillería destruía la puerta del Este, y las escalas llegaban por todas partes y eran aplicadas al momento. El ejército chino ocupaba las cercanías de la plaza por el lado del Este, pero el grueso de los tártaros se hallaba en masa delante de los fuertes del Norte cuyos cañones tiraban sobre los ingleses y sobre el fuerte Lyn. Muchas veces quisieron envolver á los ingleses y dirigieron contra ellos un fuego de fusilería muy nutrido.

A las ocho y media se dió la señal del asalto; en menos de quince minutos se escalaron los muros y los parapetos se cubrieron de tropas, los ingleses á la derecha y los franceses á la izquierda. Nuestra brigada naval lanzada por el almirante Rigault que se expuso como el último de los marineros, subió al asalto con un ardor incomparable. ¿Quiénes fueron los dichosos que pudieron llegar los primeros al parapeto? En cuanto las tropas aparecieron sobre las murallas, la resistencia cesó por todas partes. Un inmenso hurra saludó este brillante hecho de armas. Nuestros valientes marinos gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Viva el emperador!

SEBASTIAN DE MOBELLAN.



Toma del fuerte Lyn por un peloton de la 5ª compañía del 4º regimiento de infantería de marina, mandado por el sargento primero Martin Despallieres.



Explosion de los fuertes Gough y Blue Jacket.

Esta vigorosa accion nos hacia dueños de la ciudad; ya no habia mas que ocupar los fuertes del Norte. Estos últimos eran temibles por su posicion que dominaba de todos lados. Los ingleses los flanquearon y se apoderaron de ellos. En la noche del 29 hubo todavia algunos tiros, pero ya no era posible la resistencia. Canton era nuestro.

Las tropas se extendieron á lo largo de la puerta N. E. de las murallas, y por la noche la hermosa iluminacion de los campamentos contrastaba con la profunda oscuridad de la ciudad. La artillería naval habia hecho en ella horribles destrozos. Todos los edificios ofrecian señales de balas, bombas y granadas, muchas casas se hallaban reducidas á un monton de ruinas.

El dia 30 se pasó en la calma mas profunda; no se distinguia un solo habitante; parecia una ciudad desierta, y sin embargo abriga todavia una inmensa poblacion.

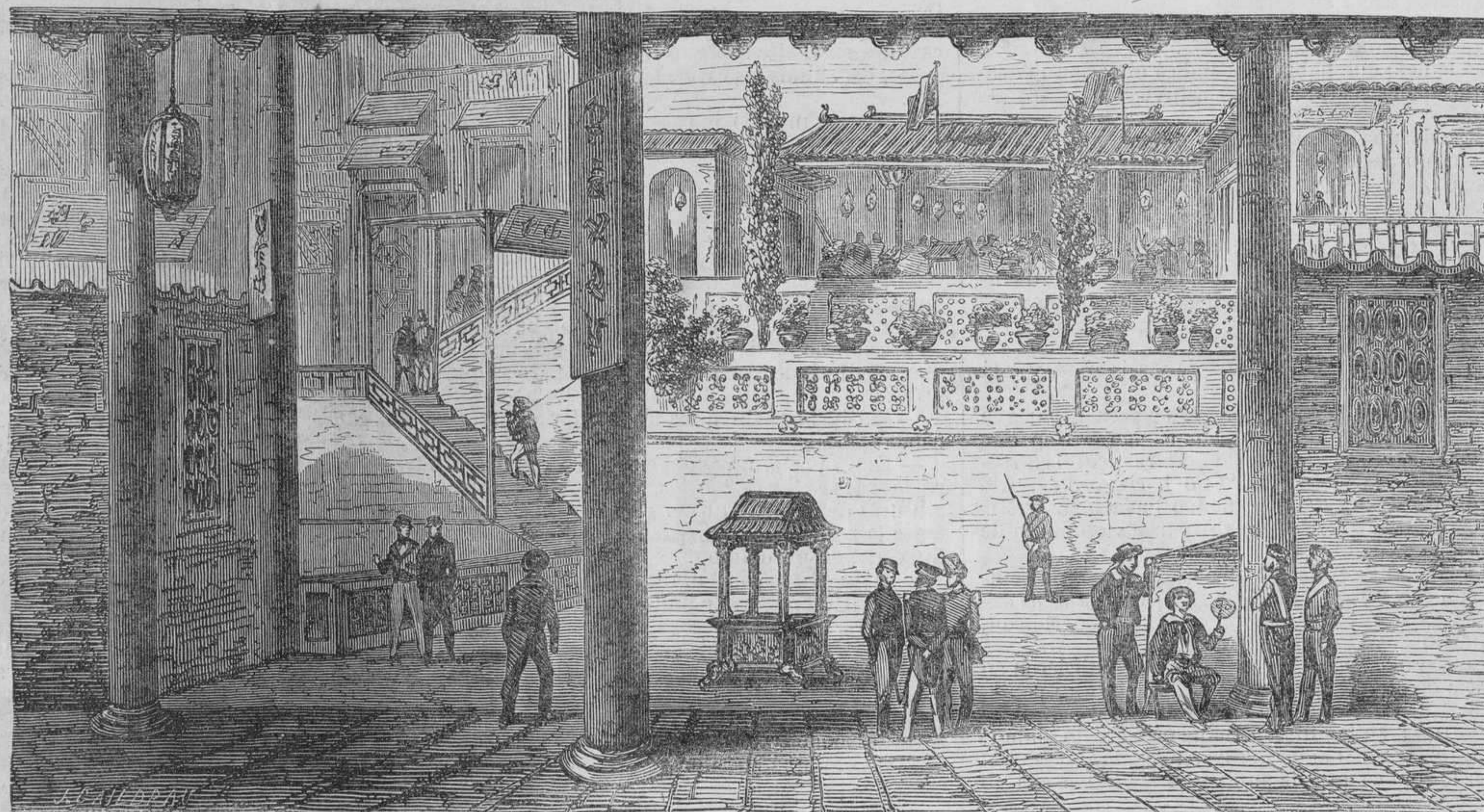
El 31 los generales seguidos de una escolta numerosa dieron la vuelta á las murallas. De paso vieron numerosos puestos y un campo tártaro que dicen tenia 3,000 hombres. En todos los edificios tremolaban banderas blancas, la poblacion tenia el aire consternado.

El 1º de enero de 1858 á las dos, los embajadores, el baron Gros y lord Elgin, bajaron á tierra al ruido del cañon y recorrieron las lineas de los campamentos. Por todas partes fueron recibidos con aclamaciones y con el grito mil veces repetido de ¡Viva el Emperador! A las cuatro asistieron á un espectáculo muy interesante; hicieron saltar los fuertes del Norte que no presentan ya mas que la señal informe de su construcción primitiva.

Estamos pues, posesionados de la orgullosa ciudad. La parte que ocupamos se encuentra enteramente á nuestra disposicion; nuestras obras la dominan y p-



Mandarinos de las aldeas acudiendo con súplicas al cuartel general por la puerta del Este de Canton.



Vista interior del cuartel general de las tropas aliadas en Canton.

demostrarla cuando nos parezca; sin contar que los buques fondeados á tiro de pistola no desean mas que hacer oír su poderosa voz. ¿Qué ha sido del furibundo Yeh? — Existe, y la prueba es que el 31 de diciembre mandó cortar 450 cabezas.

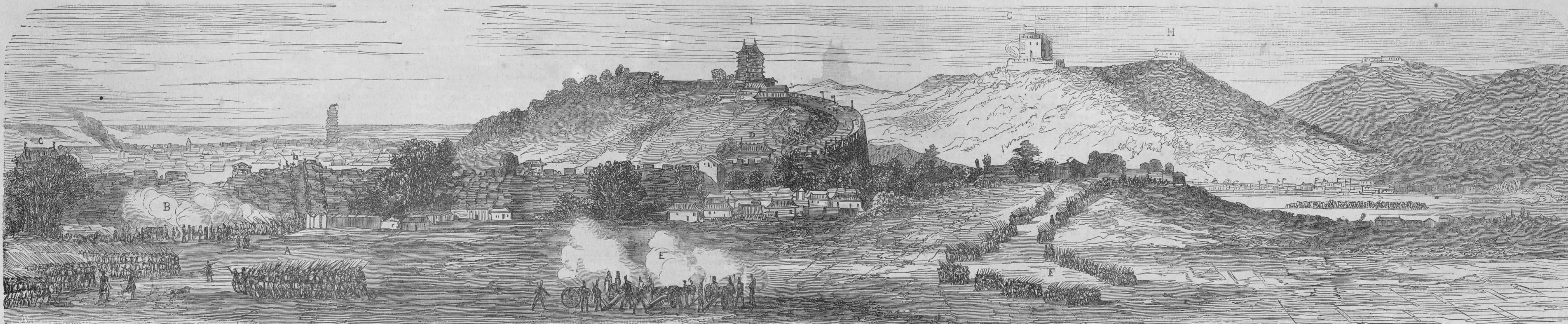
6 de enero. — A las ocho de la mañana se ha practicado un fuerte reconocimiento en la ciudad por los almirantes y el general inglés. Los franceses marcharon por la puerta Norte y ocuparon la del Oeste. De aquí tomando por una larga calle perpendicular á la muralla llegaron á una plaza grande con un vasto edificio que los chinos decian ser un depósito de mercancías y que no era otra cosa sino el alojamiento del general tártaro; este último fué hecho prisionero. Es un hombre magnifico el jefe adornado con un globo encarnado y la pluma de pavo real. Los ingleses habian marchado por el Este y se reunieron con nosotros en la misma plaza.

El primer mandarin civil fué cogido en un palacio cercano al del general; tambien lleva el globo encarnado y la pluma de pavo real. Durante esta expedicion M. Parkes, cónsul de Inglaterra, acompañado de una patrulla hacia pesquisas por el S. O. de la ciudad, y no tardó en descubrir á Yeh que se habia disfrazado, y que fué llevado al cuartel general con los otros dos mandarines y una porcion de jefes subalternos.

Yeh es un hombre de alta estatura y de una corpulencia enorme; su cabeza no carece de expresion y demuestra mucha energia y voluntad. Conserva negro el bigote á pesar de sus años.

Esta buena presa va á terminar sin duda las dificultades pendientes en Canton. La ciudad está en nuestro poder; los tres jefes principales se encuentran prisioneros, de modo que toda lucha es ya imposible.

J. DE C.



TOMA DE CANTON POR LAS FUERZAS ALIADAS, EL 29 DE DICIEMBRE DE 1857.

A, cuerpo expedicionario francés; B, artillería francesa é inglesa batiendo en brecha la muralla; C, puerta del Este; D, puerta del Nordeste; E, artilleros ingleses batiendo el fuerte Gough; F, cuerpo expedicionario inglés; G, fuerte Gough; H, fuerte de marina; I, pagoda principal; J, cuerpo chino.

NOVELAS RUSAS.

Una amistad á toda prueba.

(Continuacion).

A las diez los dos amigos se daban las buenas noches y se separaban, para proseguir al otro día la misma existencia.

Una vez que estaban sentados uno enfrente de otro segun su costumbre, Pedro mirando fijamente á Boris le dijo con un tono expresivo :

— Una cosa me extraña, Boris.

— ¿Cuál es?

— El véros encerrado en una aldea tan jóven como sois y con vuestro talento.

— Ya sabeis, contestó Boris sorprendido con la observacion, que las circunstancias me obligan á llevar este género de vida.

— ¿Qué circunstancias? ¿No es vuestra fortuna bastante considerable para aseguraros por do quiera una existencia regular? Deberiais entrar en el servicio.

Y al cabo de una pausa añadió :

— Deberiais entrar en los hulanos.

— ¿Y porqué en ese cuerpo?

— Porque se me figura que es el que mas os conviene.

— Sin embargo, vos habeis servido en los húsares.

— Sí, exclamó Pedro con entusiasmo. ¡Qué regimiento tan hermoso, Dios mio! En todo el mundo hay otro como él; un regimiento soberbio; coronel, oficiales, todo era brillantísimo... Pero vos con vuestra cara rubia y vuestro cuerpo delgado estariais mejor en los hulanos.

— Pedro, olvidais que en virtud de los reglamentos militares no podria entrar en el ejército sino en calidad de cadete; soy ya viejo para principiar la carrera, y no sé si me admitiran á la edad que tengo.

— Es verdad, repuso Pedro en voz baja. Pues entonces, añadió alzando la frente, debeis hacer otra cosa.

— ¿Cuál es?

— Casaros.

— ¡Qué ideas tan singulares se os ocurren hoy!

— ¿Y porqué son singulares? ¿Qué razon teneis para vivir como vivis, y perder miserablemente vuestro tiempo? ¿Qué interés os mueve á no casaros?

— No se trata de interés ninguno.

— Ignoro porqué, dijo Pedro con una animacion extraordinaria, ignoro porqué en nuestros dias los hombres tienen tal horror al matrimonio... ¡Ah! ¡me mirais!... Yo he querido casarme y me han desdenado. Vos que os hallais en mejores condiciones, debeis tomar un partido... ¡Qué vida la del soltero!... A la verdad los jóvenes me sorprenden.

Y despues de este largo discurso Pedro sacudió sobre el respaldo de una silla la ceniza de su pipa, y sopló fuertemente en el tubo para limpiarla.

— ¿Quién os ha dicho, amigo mio, repuso Boris, que no piense yo en casarme?

Pedro sacaba entonces tabaco del fondo de su bolsa de terciopelo adornada de lentejuelas relumbrantes, y por lo comun consumaba esta operacion gravemente; pero las palabras de Boris le hicieron hacer un movimiento de sorpresa.

— Sí, continuó Boris, halladme una mujer que me convenga y tendremos boda.

— ¿Hablais formal?

— Sí.

— No lo creo, os chanceais.

— Os aseguro que hablo seriamente.

Pedro encendió su pipa, y luego volviéndose hácia Boris exclamó :

— Corriente; os hallaré una esposa.

— Bien; ahora me direis porqué teneis ese empeño en casarme.

— Porque os conozco y no os juzgo capaz de arreglar vos mismo el asunto.

— Sin embargo, repuso Boris sonriendo, yo me creia muy entendido en tales cosas.

— No me comprendeis, exclamó Pedro cambiando de conversacion.

A los dos dias entró en casa de su amigo no ya con su paletó color de bronce, sino con un irac azul, de talle largo, adornado con muchos y menudos botones y sobrecargado con un par de mangas huecas. Llevaba el bigote atusado y los cabellos rizados sobre la frente en dos bucles enormes que relucian con la pomada; un cuello de terciopelo con un lazo de seda le estrechaba la garganta y le hacia tener erguida la cabeza, lo que le daba un carácter imponente.

— ¿Qué significa ese lujo? preguntó Boris.

— Significa, respondió Pedro sentándose no con su abandono ordinario, sino con mucha gravedad, que debeis mandar que pongan el carruaje.

— ¿Y porqué?

— Porque nos vamos.

— ¿Se puede saber adónde?

— A ver á una jóven.

— ¿Quién es esa jóven?

— ¿Habeis olvidado ya lo que convinimos anteayer? — No, mi querido Pedro, respondió Boris algo cortado, era una chanza.

— Me jurásteis que hablábais seriamente, y debeis cumplir vuestra palabra. Yo tengo hechos ya mis preparativos.

— Pero ¿qué quereis decir?

— No os alarmeis: he mandado un recado á una de nuestras vecinas diciéndola que iria á visitarla hay con vos.

— ¿Qué vecina?

— ¡Paciencia! ya la conoceréis. Vestios, y que enganchen los caballos.

— ¡Y con el tiempo que está haciendo! exclamó Boris muy turbado con aquella decision tan repentina.

— Es propio de la estacion.

— ¿Y vamos lejos?

— No, á quince verstes de aquí.

— ¿Sin almorzar siquiera? preguntó Boris.

— El almuerzo no nos causará mucha tardanza. Pero vestios, entre tanto yo prepararé un refrigerio, una copita de aguardiente, no será largo; luego almorzaremos fuerte en casa de la jóven viuda.

— ¡Ah! ¿es una viuda?

— Sí, ya vereis.

Boris entró en su gabinete de tocador. Pedro dispuso el almuerzo y mandó que enjaezasen de todo lujo los caballos.

El elegante Boris permaneció un buen rato encerrado en su aposento.

Pedro impaciente bebia entre tanto otra copita frunciendo las cejas, cuando al cabo se apareció vestido como un verdadero elegante. Llevaba un sobretodo cuyo color negro se destacaba sobre un pantalon de color claro, una corbata negra, un chaleco negro, guantes nuevos; de uno de los ojales de su chaleco colgaba una cadenita de bro que caia con gracia hasta el bolsillo, y de su frac y de su fina camisa se exhalaba un perfume suave.

Pedro al observarle no hizo mas que soltar una ligera exclamacion y tomó su sombrero.

Boris bebió media copa de aguardiente, y se dirigió con su amigo hácia su carruaje.

— Solo por condescendencia, exclamó, emprendo semejante caminata.

Pedro le dejó que hablara, é indicó al cochero el camino que debía seguir cuando estuvieron dentro del carruaje.

Al cabo de una pausa Pedro dijo á su amigo :

— Vamos á casa de la señora Sofia Cirilovna Zadnieprovskaja. ¿Conoceis su nombre?

— Creo haberle oido pronunciar; ¿y con ella quereis casarme?

— ¿Porqué no? Es una mujer de talento, de fortuna y de educacion, como que está criada en una gran ciudad; mas pronto juzgareis. Inútil es decir que este paso á nada os compromete.

— Sin duda. ¿Cuál es su edad?

— Tendrá veinte y cinco ó veinte y seis años, y está mas fresca que una manzana.

La distancia que habia que recorrer para llegar á la casa de Sofia Cirilovna era mucho mas larga de lo que habia dicho Pedro. Boris arrecido de frio ocultó su rostro en su capa de pieles. Pedro no hacia caso del frio generalmente, y menos aun cuando llevaba sus vestidos de ceremonia que le apretaban hasta el punto de hacerle sudar.

La habitacion de Sofia era una casita blanca de bonito aspecto, con patio y jardín, muy parecida á las casitas de recreo que adornan las cercanias de Moscou, pero que no se ven en las provincias.

Al apearse del coche los dos amigos descubrieron en el umbral de la puerta un criado vestido con un pantalon gris y una levita en cuyos botones se veian escudos de armas; en la antesala habia otro criado sentado en un banco y vestido de la misma manera.

Pedro le suplicó que le anunciara á su ama con su amigo.

El criado respondió que su señora les esperaba y les abrió la puerta del comedor, donde saltaba un canario en su jaula, y luego la de un salon adornado con muebles á la moda hechos en Rusia, muy bonitos á la vista, pero en realidad muy incómodos.

Dos minutos despues se oyó el ruido de un vestido de seda por el corredor, y en seguida la dueña de la casa entró con un paso ligero.

Pedro se adelantó y presentó á su amigo Boris.

— Me alegró mucho de veros en mi casa, dijo ella examinando á Boris con una mirada rápida. Hace tiempo que deseaba conoceros, y doy gracias á Pedro Vasílich porque ha tenido la bondad de procurarme esta satisfaccion. Sentaos.

Y al hablar así se sentó tambien, arreglándose con la mano los pliegues de su vestido verde guarnecido de volantes blancos é inclinando la cabeza sobre los almohadones del sofa, mientras adelantaba en la alfombra dos piés menudos calzados con elegantes botitas.

Boris sentado enfrente de ella en un sillón la miraba atentamente. Era alta de estatura y esbelta, de cutis moreno, fisonomía bastante hermosa, y ojos rasgados y brillantes, un poco levantados en los extremos de las órbitas como los de las chinas. La expresion de su mirada y de su rostro presentaba una mezcla tal de atrevimiento y de timidez, que no se podia descubrir en ella un carácter determinado. Unas veces bajaba los párpados, otras los abria cuan grandes eran, y al mismo tiempo erraba en sus labios una sonrisa de indiferencia afectada. Tenia mucha soltura de movimientos y bastante viveza en todo.

En suma, su exterior agradó á Boris; únicamente notaba con sentimiento que se habia peinado con descuido, pues tenia la raya atravesada. Además, hablaba á su parecer un lenguaje demasiado correcto, pues sobre este punto pensaba como Pouchkio que ha escrito lo siguiente «No me gustan los labios rosados sin

sonrisa, ni la lengua rusa sin alguna falta gramatical.»

En una palabra, Sofia Cirilovna era de esas mujeres que un amante llama seductoras, un marido zalameiras y un soltero muchas traviesas.

Hablaba á los dos amigos del enojo que causa el vivir en una aldea.

— No hay aquí, decia acentuando mucho ciertas sílabas, una persona con quien conversar. Ignoro cómo puede la gente resignarse á esta existencia, y justamente aquellos que tendriamos gusto en ver, añadió haciendo una mueca hechicera, se alejan y nos abandonan en nuestra triste soledad.

Boris se inclinó, y Pedro le echó una ojeada que queria decir :

— ¡Esta sí que tiene el don de la palabra!

— ¿Fumais? preguntó Sofia volviéndose hácia Boris.

— Sí, pero...

— Nada temais, yo tambien fumo.

A estas palabras se levantó, tomó una cajita de plata que estaba sobre el velador, sacó de ella cigarrillos de papel que ofreció á los amigos, tocó la campanilla, pidió lumbre, y un criado con chaleco de paño encarnado trajo una luz encendida.

— Os parecerá imposible que hay personas en esta aldea que no pueden consentir en que una pobre mujer saboree un cigarrillo, exclamó Sofia inclinándose graciosamente la cabeza y arrojando al aire una ligera bocanada de humo. Sí, todo lo que no es vulgar, todo lo que sale de la rutina se juzga aquí severamente.

— ¡Oh! las mujeres de nuestro distrito, repuso Pedro, son muy severas en este punto.

— Y además son malas é inflexibles; yo no las frecuento, y sus calumnias no penetran en mi refugio solitario.

— Pero ¿no os aburrís en este retiro? preguntó Boris.

— No, leo mucho, y cuando me canso de leer hago castillos en el aire sobre mi porvenir.

— ¿Consultais las cartas? preguntó Pedro con asombro.

— Soy ya muy vieja para pasar en eso mi tiempo.

— ¡Dice que es vieja! ¡Qué idea! murmuró Pedro Vasílich.

Sofia Cirilovna le miró cerrando un poco los párpados, y luego añadió dirigiéndose á Boris :

— Hablemos de otra cosa; ¿os interesais en las novedades de la literatura rusa?

— ¡Yo!... ciertamente, respondió algo cortado Boris que leia pocos libros rusos, sobre todo de los nuevos, pues se atenia exclusivamente á las obras de Pouchkin.

— Explicadme de dónde procede el disfavor que tienen los libros de Marlinski; ¿no os parece que es injusto?

— Marlinski es sin duda un escritor de mérito, respondió Boris.

— Es un poeta, un poeta cuya imaginacion nos transporta á las regiones ideales, y ahora solo gustan las pinturas de la vida vulgar. ¿Pero qué atractivos puede tener la realidad de la existencia diaria en este mundo? Ninguno, en mi opinion.

— No pienso lo mismo, respondió Boris mirando á la viuda. En este instante hallo yo aquí un grande atractivo.

Sofia se sonrió con aire confuso. Pedro alzó la cabeza, pareció que queria hablar, y luego continuó fumando silenciosamente.

La conversacion se fué prolongando sobre el mismo tono corriendo con rapidez de un asunto á otro sin fijarse en ninguna cuestion, sin tomar ningun carácter decisivo.

Se habló del matrimonio, de sus ventajas, de sus inconvenientes y del destino de las mujeres en general. Sofia tomó el partido de atacar el matrimonio, y poco á poco se animó, se arrebató hasta el punto de que sus dos oyentes no se atrevieron á contradecirla.

No sin fundamento ponderaba las obras de Marlinski; las habia estudiado y habia sacado provecho de su estudio. En su lenguaje figuraban sin cesar las palabras arte, sentimiento y poesia.

— ¿Qué cosa hay mas preciosa para la mujer, exclamó al fin de su retumbante discurso, que la libertad de pensamiento y de accion?

— Señora, repuso Pedro cuya fisonomía habia tomado hacia algunos instantes una expresion marcada de descontento, ¿porqué ha de reclamar la mujer esa libertad? ¿Qué uso puede hacer de ella?

— ¡Cómo! ¿A vuestro juicio ha de ser atributo exclusivo del hombre?

— Tampoco el hombre la necesita.

— ¿Pues?

— No; ¿para qué le sirve esa decantada libertad? para aburrirse ó para hacer locuras.

— De modo, repuso Sofia con una sonrisa irónica, que vos estais aburrido, pues tal como os conozco, no me figuro que cometéis locuras.

— Me hallo sometido igualmente á esos dos efectos de la libertad, respondió Pedro con mucha sangre fria.

— Muy bien; yo no puedo quejarme de vuestro aburrimiento, pues quizá le debo el placer de veros hoy.

Y satisfecha del epigrama, Sofia se inclinó hácia Boris y le dijo en voz baja :

— Vuestro amigo se complace en la paradoja.

— Nunca lo habia echado de ver, contestó Boris.

— ¿En qué me complace yo? preguntó Pedro.

— En sostener paradojas.

Pedro miró fijamente á Sofia, y luego murmuró entre dientes :

— Yo sé lo que os agradaría á vos...
 En este momento el criado de chaleco rojo entró á decir que la comida estaba en la mesa.
 — Señores, dijo Sofía, pasemos al comedor.
 A ninguno de los dos convidados le gustó la comida. Pedro se levantó de la mesa sin haber podido satisfacer su apetito, y Boris, hombre muy delicado en gastronomía, no halló los manjares exquisitos, aunque salían á la mesa con tapas de cristal y los platos estaban bien calientes.
 El vino también era malo á pesar de los rótulos plateados y dorados que adornaban cada botella.
 Sofía Cirilovna no cesaba de hablar, arrojando de tiempo en tiempo una mirada imperiosa á sus criados. Vacilaba con frecuencia su copa con mucha rapidez, diciendo que las inglesas beben vino, y que sin embargo en aquel distrito severo se censuraba á las mujeres que beben.
 Después de la comida llevó á los dos amigos al salón y les preguntó si preferían té ó café. Boris aceptó una taza de té, y cuando lo hubo probado, sintió no haber tomado café. Pero el café no era mejor; Pedro que lo había pedido, le abandonó para tomar té, y sin embargo no pudo acabar la taza.
 Sofía Cirilovna encendió un cigarrillo y mostró deseos de proseguir su conversación. Sus ojos chispeaban y sus mejillas estaban encendidas. Pero los dos amigos no la secundaban en sus disposiciones á la elocuencia; mas bien parecían ocupados de sus cigarrillos que de las frases de ella, y á juzgar por sus miradas repetidas á la puerta, era posible suponer que tenían ganas de marcharse.
 Boris, sin embargo, se habría decidido á permanecer un rato más. Acababa de entablar un coloquio galante con la viuda, que le preguntaba con mucha coquetería si no le extrañaba que viviera así sola en su retiro. Pero Pedro quería marchar, y salió para ordenar al cochero que enganchara los caballos.
 Cuando el carruaje estuvo listo, Sofía con mucha afabilidad observó á sus convidados que su visita era muy corta. Boris se inclinó, y con su incertidumbre y la expresión de su sonrisa parecía querer manifestar que no debían dirigirse á él sus reconvenções.
 Pero Pedro declaró resueltamente que era tiempo de marchar para aprovechar la claridad de la luna, y al hablar así se adelantaba hácia la puerta de la antesala. Sofía ofreció su mano á los dos amigos para darles el *shak hand*, á la manera inglesa. Únicamente Boris aceptó esta señal de urbanidad y estrechó vivamente los dedos de la joven. De nuevo ella cerró los párpados, de nuevo se sonrió y le arrancó la promesa de que volvería pronto á verla.
 Pedro estaba ya en la antesala envuelto en su capote. Se sentó en silencio en el carruaje, y cuando se halló á algunos metros de la casa de Sofía, exclamó:
 — No, no, esa no me gusta.
 — ¿Qué queréis decir? preguntó Boris.
 — Que no os conviene, contestó con una expresión de desden.
 — Si queréis hablar de Sofía Cirilovna, no puedo ser de la misma opinión. Es una mujer un poco pretenciosa, pero me gusta.
 — No lo dudo en cierto sentido; mas debéis pensar en el fin que me llevaba al presentaros á ella.
 Boris no respondió.
 — No, repuso Pedro, no me gusta; no es una mujer casera; me he levantado de su mesa sin poder satisfacer mi apetito. Convengo en que es instruida, de buen tono, elocuente, pero ante todo, lo que hace falta es una mujer casera. Repito que no os conviene. ¿No habeis extrañado ese criado con su chaleco rojo y esos platos cubiertos con cristales?
 — No era preciso que me extrañaran las cosas que veía.
 — Sé lo que necesitáis, ahora lo sé perfectamente.
 — Pues os aseguro que me felicito de haber conocido á Sofía Cirilovna.
 — Me alegro de ello, pero no os conviene.
 Al llegar á la casa de Boris Pedro le dijo:
 — No hemos concluido aun, no os devuelvo vuestra palabra.
 — Estoy á vuestras órdenes, respondió Boris.
 — Perfectamente.
 Una semana entera se pasó poco mas ó menos como las otras; únicamente Pedro solía desaparecer, y estaba ausente una gran parte del día.
 Al cabo una mañana se presentó de nuevo en casa de su amigo con su traje de gala, y dijo á Boris que lo llevaba á otra visita.
 — ¿Adónde vamos hoy? preguntó Boris que había esperado esta segunda invitación con bastante impaciencia, y que se apresuró á mandar que engancharan el trineo, pues el invierno había entrado ya, y los coches estaban encerrados por algunos meses.
 — Quiero presentaros en una buena casa de Sikodnief. El dueño de esta casa es un hombre excelente, que se retiró del servicio con el grado de coronel. Su mujer es una señora muy recomendable, y tiene dos hijas sumamente graciosas que han recibido una educación brillante, y que además poseen una buena fortuna. No sé cuál de las dos os gustará mas; la una es vivaracha y alegre, la otra un poco tímida. Pero ambas son modelos de jóvenes, ya vereis.
 — ¿Cómo se llama el padre?
 — Calimon Ivanitch.
 — ¿Qué nombre tan extraño! ¿Y la madre?
 — Pelagia Ivanovna. Una de sus niñas se llama también Pelagia, y la otra Emerancia.

— ¡Emerancia! ¡Calimon! Nunca he oido nombres semejantes. ¡Emerancia Calimovna! ¡Qué sonidos tan estrambóticos!
 — Es verdad, pero en esa joven resplandece no sé qué llama de virtud.
 — ¡Qué poético estais, querido Pedro! ¿Y esa hermosa Emerancia es la joven tímida?
 — No, es la hermana.
 La habitación de Calimon no se asemejaba á la linda vivienda de la viuda.
 Era un edificio grande y pesado con ventanas estrechas y vidrieras opacas. Delante de la fachada se elevaban dos grandes olmos, y por el otro lado habia unos viejos tilos cuyas copas se destacaban sobre la casa, y cuyas negras ramas se esparcían á la lejos.
 En el verano esos árboles gigantescos debían con su verdura adornar la casa, pero en el invierno ennegrecían su aspecto. En toda esa construcción habia una apariencia de tristeza y de antigüedad que no podia producir una impresión agradable.
 Los dos amigos se hicieron anunciar y fueron introducidos en el salón. Los señores de la casa salieron á su encuentro, pero durante algunos instantes solo por señas y por ademanes de cortesía pudieron manifestar lo que querían decir, y los amigos no podían tampoco darse á conocer mejor, pues al acercarse se habían levantado cuatro perros que con sus ladridos producían un estrépito espantoso. Pegándoles con los pañuelos, amenazándolos con el pie y con la mano, consiguieron apaciguarlos por fin, y una criada arrastró á un cuarto contiguo al mas obstinado de los animales que le mordió en un dedo.
 Restablecida la calma, Pedro presentó su amigo á los señores de Calimon, que le dijeron cuánta alegría les causaba el verle.
 Luego Calimon presentó Boris á sus hijas. También se encontraban allí dos señoras de cierta edad, modestamente vestidas, y en quienes nadie parecía fijar la atención.
 Calimon Ivanitch era un hombre de cincuenta años, alto de estatura y canoso. Su fisonomía un poco vulgar tenia una expresión de bondad, de apatía y de indiferencia.
 Su mujer, pequeña y delgada, con un peinado muy alto, se agitaba constantemente. Su rostro habia perdido hácia tiempo la frescura de la juventud.
 Las dos niñas formaban entre sí un singular contraste. Pelagia tenia el cutis moreno, los cabellos negros y un aire de reserva y de timidez que se notaban á primera vista. Como una niña temerosa estaba siempre detrás de su madre, en tanto que su hermana se adelantaba con paso ligero, y era gusto verla con sus cabellos rubios, sus mejillas purpúreas, su boca diminuta, su nariz ligeramente levantada y unos ojos como dos luceros. Llevaba, así como su hermana, un vestido blanco con una profusión de cintas azules que se levantaban y flotaban al menor movimiento. El color de esas cintas se armonizaba muy bien con el conjunto de su fisonomía y concordaba mal con la de Pelagia. Pero habria sido difícil decir qué género de adorno convenia á esta, aunque sin embargo no era fea.
 Se sentaron. Los dueños de la casa dirigieron á los amigos algunas preguntas vulgares de urbanidad con ese aire afectado y violento que se nota ordinariamente entre personas que se ven por primera vez.
 Los dos amigos respondieron en el mismo tono. La conversación era fría y embarazosa. Calimon que no era hombre de una imaginación brillante, preguntó por segunda vez á Boris si habia mucho tiempo que estaba en el país, y su señora le hizo observar su distracción con el acento meliflúo que empleaba cuando hablaba con forasteros.
 El coronel confuso sacó el pañuelo del bolsillo, y se sonó con tal estrépito, que los perros comenzaron á ladrar nuevamente, y hubo que correr á apaciguarlos.
 Emerancia consiguió en fin presar á sus padres el servicio que les hacia ordinariamente en tales ocasiones. Se sentó al lado de Boris, animó la conversación con preguntas insignificantes en verdad, pero vivas y graciosas. En breve el diálogo se hizo mas libre; cada cual tomó parte en él excepto Pelagia que permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el talle, en tanto que Emerancia se sonreía, gesticulaba, hablaba, y luego de tiempo en tiempo se detenía diciendo:
 — ¡Ya veis qué amable soy! ¡Ya veis cómo sé agradecer á todo el mundo!
 Y hasta parecia que su ceceo no era hijo sino del exceso de su bondad. Se reía dando inflexiones dulces y prolongadas á su risa, aunque Boris no dijera nada que pudiera merecer semejante gracia; así fué que su alegría creció de punto cuando le vió que se divertía y aventuraba algunas respuestas agudas.
 Pedro se sonrió también, y como la conversación vino á recaer en las bellas artes, de repente exclamó que su amigo era muy aficionado á la música.
 — Y yo también lo soy, dijo Emerancia.
 — No solo, repuso Pedro, teneis ese gusto excelente, sino que conoceis la música como una artista consumada.
 — ¿De veras? preguntó Boris.
 — Sí, añadió Pedro. Emerancia y Pelagia Calimovna tocan el piano con primor, sobre todo Emerancia.
 Al oír pronunciar su nombre Pelagia se estremeció, y Emerancia bajó los ojos modestamente.
 — ¡Ah! señoritas, exclamó Boris, ¿me atreveré á decir que tendria mucho gusto en oiros un instante?
 — En verdad, murmuró Emerancia, no sé si puedo... Y luego echando una mirada á Pedro, le dijo con un

tono de voz que desmentía el sentido de sus palabras:
 — ¡Queréis hacerme quedar mal!...
 Pedro que no era hombre que se cortaba fácilmente, se volvió hácia la madre.
 — Os pido que permitais á estas señoritas que toquen y canten alguna cosa.
 — Ignoro si hoy están en voz, respondió la madre, pero pueden probarlo.
 — Sí, sí, añadió el coronel, que lo prueben.
 — Pero, mamá, no puedo...
 — Emerancia, yo lo quiero, repuso la madre en francés.
 Esta señora tenia la costumbre de dar sus órdenes á sus hijas en francés cuando habia visitas en su casa, aun cuando las personas presentes comprendieran esa lengua; y lo mas singular es que ella la hablaba con mucho trabajo y la pronunciaba pésimamente.
 Emerancia se levantó.
 — ¿Qué debo cantar? preguntó con un tono muy sumiso.
 — Debeis cantar el duo que es precioso. Mis hijas, añadió dirigiéndose á Boris, tienen voz diferente cada una. Emerancia tiene voz de soprano.
 — ¿De soprano! dijo Boris.
 — Sí, de soprano, y Pelagia de contralto.
 — ¡De contralto! repitió Boris, y muy bonita!
 — No puedo cantar hoy, exclamó Pelagia; estoy muy resfriada.
 Efectivamente su voz en aquel instante mas parecia de bajo que de contralto.
 Entonces, Emerancia, cantareis el aria italiana que os gusta tanto, y Pelagia os acompañará.
 — El aria de los gorgoritos: muy bien, añadió el coronel.
 Las dos hermanas se fueron al piano; Pelagia levantó la tapa del instrumento, abrió su cuaderno de música y se sentó.
 Emerancia se quedó en pie á su lado en una actitud plástica y bajo la mirada atenta de Boris. De tiempo en tiempo para cambiar de postura se llevaba el pañuelo á los labios. Por fin cantó como cantan la mayor parte de nuestras jóvenes, con una voz estrepajosa que á veces resonaba como un gemido.
 Pronunciaba tan mal las palabras que era imposible comprenderlas; apenas se reconocía que eran italianas. Al fin de la pieza se lanzó en unas vocalizaciones tan gratas al oído del coronel, que hubo de levantarse entusiasmado sobre su silla; pero ella precipitó las notas y habia concluido de cantar cuando su hermana continuaba todavía el acompañamiento.
 Esto no impidió que Boris la felicitara vivamente, y Pedro, después de haber aplaudido muchas veces, la dijo:
 — ¿No podríais cantarnos ahora una canción rusa, la romanza del Ruiseñor, la de la Novia, ó una canción de gitana? Esas composiciones extranjeras pueden ser muy bonitas, pero no valen lo que nuestra buena música nacional.
 — Soy de vuestra opinión, exclamó el coronel.
 — Cantad la romanza de la Novia, dijo la madre en voz baja, pero siempre en tono firme y siempre en un francés horroroso.
 — No, dijo el coronel, yo preferiria la canción de las Gitanas ó la del Soldado.
 Emerancia obedeció. Su padre que conocia hacia tiempo de memoria todos esos cánticos, cantaba con ella, y Pedro estaba rebotando de júbilo.
 — Esas son melodías. ¡Ah! señorita, teneis motivos para ser aficionada á la música; sois una artista de primer orden.
 — No tanto, no tanto, murmuró Emerancia dejando el piano.
 — Ahora, repuso la madre, cantad la romanza de la Novia.
 Emerancia se apresuró á obedecer nuevamente.
 — Veamos qué tal sale vuestra sonata á cuatro manos, exclamó la insaciable señora Calimon... pero no, lo dejaremos para otra vez; quizá estais un poco cansadas, y temo fastidiar á este caballero.
 — ¡Oh! nada de eso, señora, exclamó Boris.
 Pero Emerancia declaró que estaba cansada, y Boris se acercó á ella para renovar sus felicitaciones.
 — Otras mejores que yo habreis oido, le dijo la niña; ¿qué es mi canto comparado con el suyo?... Sin embargo, Romerius cuando pasó por aquí me aseguró... ¿conoceis á Romerius?
 — No; ¿quién es?
 — Un discípulo del Conservatorio de Paris, un músico eminente, un violinista admirable. Me dijo que si cultivara yo mi voz, si pudiera conseguir las lecciones de un buen maestro, llegaria á producir efectos maravillosos, y me besó todos los dedos de la mano... Pero aquí, ¿cómo tomar lecciones?...
 Y Emerancia suspiró.
 — Sin embargo, con vuestro talento natural... repuso Boris, y cortó la frase por no saber como terminarla.
 — Emerancia, dijo la madre, informaos en qué estado se halla la comida.
 — Sí, mamá, contestó la joven saltando hácia la puerta.
 No daba aquellos saltitos graciosos cuando no habia visitas.
 Boris se acercó á Pelagia que no pudo ver aquel movimiento sin una especie de espanto.
 — Habeis acompañado á vuestra hermana con mucha habilidad, la dijo.

(Se continuará.)

Los llanos.

LOS VAQUEROS.

(Véase el número 270.)

Ya hemos dicho que en los llanos la agricultura está muy descuidada; la cuadrilla ó población de una hacienda no se compone como en otras partes de labradores, de peones, etc., sino que los vaqueros forman casi el total de los trabajadores.

La vaquerada ó reunion de los vaqueros es un cuerpo de hombres á caballo con un capataz, que se ocupa exclusivamente del cuidado del ganado y de los caballos. El vaquero es un personaje particular de Méjico, pero es preciso buscarle en tierra adentro, en los llanos, si se le quiere hallar con todos sus rasgos característicos.

El vaquero realiza el sueño de aquel pastorcillo de no sé qué cuento que se prometia guardar sus ovejas á caballo cuando fuera rico. No se apea sino para dormir; pasa su vida sobre una silla de madera; trabajo, fatigas, peligros, placeres, todo lo reparte con su montura, hasta en el baile aparece montado, y si echa pié á tierra para bailar una contradanza, en cuanto esta se concluye se apresura á volver á la silla.

Todo, hasta el traje en ese personaje singular tiene un carácter original. Un vasto sombrero que se ata bajo la barba con una correa, y que lleva bien fijo de la cabeza á pesar de los vientos rodeándole con una pesada toquilla de terciopelo llena de arena; una zamarrá llena de bordados de seda y oro; un pantalón abierto sobre la costura exterior, que deja ver un calzoncillo de algodón blanco y una banda de cuero rodeada á la pierna que baja de la rodilla hasta el pié, — tal es el traje ordinario del individuo.

A esto hay que añadir una especie de machete de hierro mal forjado que lleva al cinto y muchas veces sin vaina, una navaja en la bota, y por arma defensiva una *chaparrera* de donde penden sobre las piernas dos piéles de cabra para resguardarlas de las espinas de esos arbustos peligrosos que se llaman chaparros. El vaquero suele llevar una garrocha; pero esta arma le sirve mas especialmente cuando cuida de los bueyes; con los caballos le es poco útil.

Después de haber descrito el traje del jinete, nos tendremos un poco en el del caballo, pues debemos te-

ner siempre en la memoria que el vaquero y el caballo son inseparables; el uno es en cierto modo el complemento indispensable del otro.

Ahora bien, el equipo del caballo de un vaquero no se parece en nada al de un caballo ordinario. Una silla cuyo arzon de madera recuerda bastante la silla árabe, se fija sobre el animal por medio de una ancha cincha de lana. Unos estribos de madera cubiertos con una enorme media luna que llaman *tapadera* y que oculta enteramente el pié del jinete y le defiende contra las espinas, cuelgan á cada lado. Sobre la silla extienden una gruesa manta de cuero de buey que cubre al ani-

de unos veinte piés de larga y que remata en un nudo corredizo; es el lazo, arma terrible, en cuyo manejo se ejercita desde la infancia.

Vestido, armado y montado de esa manera sale de su choza al amanecer para recorrer los llanos. Su tarea principal consiste en curar á los enfermos; mil insectos parásitos habitan entre esas yerbas altas y espesas, siendo el mas peligroso de todos la garrapata que se mete en las orejas de los animales, se multiplica en ellas prodigiosamente, chupa su sangre y no suelta su presa sino después de haberla reducido al estado de un esqueleto. Se reconoce al instante al caballo que tiene garrapatas; su pelo erizado, su aspecto sombrío, sus orejas pendientes, demuestran elocuentemente sus dolores al ojo ejercitado de los vaqueros.

Es difícil sin embargo, acudir al socorro de esos pobres animales: sus hábitos de libertad, su aislamiento en campiñas desiertas les hacen tan feroces que huyen al aspecto del hombre, aun cuando solo se quiera acercar á ellos para salvarlos. En cuanto el vaquero distingue á lo lejos un caballo enfermo, suelta su cuerda, corre á él y en breve le alcanza con su lazo. Pero no basta haber cogido al animal indómito para apoderarse de él, pues antes se dejaria extrangular que rendirse: el vaquero le sigue al galope, elige el momento, y dando al lazo un movimiento veloz forma con una destreza maravillosa un segundo lazo que envolviendo el hocico del caballo, intercepta su respiracion y le obliga á pararse.

Entonces el hombre se apea, se acerca con precaucion al enfermo, y mientras este se defiende cuanto puede sacudiendo la cabeza, le tapa los ojos con el pañuelo. En un instante, nada mas que con un poco de zumo de limon exprimido en las orejas del cuadrúpedo, le liberta de las garrapatas que le devoran.

En esto pasa el vaquero casi todos sus dias desde fines de octubre hasta principios de setiembre de cada año. Por esta época comienzan para él tareas de otro género: se trata de marcar los potros y de formar con ellos manadas separadas. Cada hacienda tiene una marca de hierro que aplica al flanco ó á la espaldilla de sus caballos, segun el uso de la provincia á que pertenecen. No se marcan los potros regularmente hasta que tienen dos años. La operacion del *herradero* es una fiesta en cada hacienda; los aficionados acuden á ella de cincuenta leguas en contorno.

En el centro de cada hacienda está el corral, que es



Los llanos. — Vaquero cogiendo un caballo con el lazo.

mal, sin dejar á descubierto mas que su cabeza y su cola; esta primera manta se llama *cojinillo*. Sobre el cojinillo se pone la *mochila*, otra manta tan ancha pero menos larga y abierta por en medio, de modo que quede al aire el arzon.

Cuando llueve ó cuando el vaquero tiene que atravesar espesos zarzales donde sus piernas corren peligro á pesar de la chaparrera, las mete por la abertura de la mochila y entonces desaparecen completamente; en estas ocasiones el jinete parece formar cuerpo con su montura. Ambos cubiertos de cuero y con vestidos que les desfiguran, se creeria ver en ellos un ser único, extraño, fantástico, que participa á la vez del hombre y del cuadrúpedo, tal en fin como se aparecieron los centauros á los ojos espantados de los habitantes de la antigua Grecia.

El vaquero lleva colgando del lado derecho de la silla una correa trenzada con tres tiras de cuero no curtido



Los llanos. — Vaqueros corriendo las manadas.

un recinto cuadrado formado con estacas clavadas en la tierra y unidas con tablones. Se entra por unas vallas abiertas en cada uno de los cuatro lados. Aquí se reúnen de todas las partes de la hacienda las manadas que los vaqueros van á buscar á sus querencias. Para hacerlas correr adelante dan gritos agudos y tiran en el aire sus lazos formando círculos sobre sus cabezas. Magnífico es el espectáculo que presentan esos caballos espantados saltando á través de las llanuras y siguiendo sin saberlo en su espanto la dirección que les señala la voluntad del hombre.

Una vez encerrada en el corral, la manada sufre primeramente la operación del herradero. Los vaqueros buscan los jóvenes potros que no han recibido aun la aplicación del hierro encendido. A medida que descubren uno le arrojan el lazo; el caballo exasperado parte al galope recorriendo en todos sentidos el recinto con la esperanza de desembarazarse de la cuerda importuna; pero mientras trata de libertarse del lazo le enredan las patas delanteras en otro que llaman *magnana* ó las traseras en otro llamado *pial*, hasta que al fin rueda con estrépito en el polvo. Cinco ó seis hombres se arrojan al punto sobre él y le mantienen inmóvil en la tierra cogiéndole por la cola y por las orejas, en tanto que el herrador armado con su hierro encendido estampa sobre el animal independiente la señal infamante de la servidumbre.

La operación del herradero suele tener sus peligros para los caballos, que muy á menudo se rompen los miembros al caer en la tierra. Se calcula una pérdida de cinco por ciento en los caballos que sufren la operación del herradero.

A la marca sucede el *apartado* ó división de los caballos. En uno de los lados del corral hay practicados tantos compartimientos como categorías se quieren formar. Ordinariamente se hacen tres: el de los potros y yeguas jóvenes destinados á crear nuevas manadas; el de los castrados que han de domarse en el año, y el de los garañones que deben pasar á ser castrados. Los escoge el capataz en persona montado en un hermoso alazan, y con las insignias del mando, entre las cuales la principal es la *cuebra*, especie de larga capota adornada en los hombros con dos enormes cabezas de ciervo de plata maciza. Cada cuadrúpedo que designa es separado al punto de sus compañeros por ginetes que se lanzan intrépidamente en medio de los animales: un hombre á pié abre la valla del compartimiento donde debe entrar el caballo; otros armados con lazos ó mantas de lana se colocan en dos líneas y en la dirección de la valla abierta. Una vez que entra en ese corredor humano el animal tiene que recorrerle hasta el extremo sin verse libre de toda persecución hasta el momento en que, cerrándose la puerta detrás de él, se separa para siempre de sus compañeros de infancia.

Da lástima oír los relinchos de las madres que llaman á sus hijuelos, de los garañones que piden sus yeguas, y ver las evoluciones de los caballos espantados, rechazados sin un instante de reposo, unas veces á un lado del corral y otras á otro. Esos animales jadeantes, cubiertos de sudor, que arrojan en derredor de sí miradas

de cólera y de espanto, esa nube de polvo que envuelve la arena, esos gritos humanos que se responden, ese ruido, esa confusión, ese peligro, tienen algo que embriaga. Cuando todo eso se ha visto una vez, se comprende que los mejicanos sean aficionados al espectáculo que les presenta tantos atractivos como una corrida de toros; además existe una justificación en su utilidad.

En los llanos los herraderos suelen durar muchos meses, y apenas se han concluido, los vaqueros se distribuyen los caballos que hay que domar. Se lleva á estos á unos prados cercados con una pared levantada con piedras, y próximos á los centros de la hacienda. No pre-

su defensa, clava en sus flancos las puntas agudas de sus espuelas de hierro, y reuniendo al mismo tiempo las riendas le hace sentir la presión desagradable del cabezon. Entonces el caballo pierde el tino; arranca delante de sí dando saltos furiosos y desordenados, la tierra huye bajo sus pasos. En lugar de moderar su carrera, el ginete le excita mas y mas con la espuela y con el látigo; su cólera y su rapidez redoblan, y al fin vencido por la fatiga cae al suelo mas bien atontado que domado.

Pero ya no se defenderá mas contra el ginete, que solo le queda ya hacerle la boca, operación mucho mas larga. En cuanto á su paso esto importa poco; que trote

ó que galope, que vaya igual ó desigual, el ginete no se ocupa en corregirle; tal como es, así se queda. El único defecto que los mejicanos no pueden soportar es que sus caballos arrastren sobre el cuarto delantero, porque en este caso tienen un trote duro: Hé aquí como remedian este vicio de configuración.

Ponen á calentar una barra de hierro, y cuando está bien roja la aplican horizontalmente contra las dos patas del caballo, un poco encima del talon, y dejan quemar hasta que los nervios se encogen. El animal doblega entonces los jarretes para siempre, y el equilibrio se halla restablecido entre las dos extremidades.

A esta manera de domar los ca-

ballos deben los mejicanos el no tener las mejores monturas. Cuando el tipo andaluz se encuentra aun en toda su pureza en los llanos, sus hermosas calidades desaparecen completamente en las cuadradas. En vez de esas patas finas y nerviosas que causan la admiración de los inteligentes en los campos, solo se ven en los paseos públicos animales gastados, hinchados en las junturas y cubiertos en las ranillas de pequeños tumores que les quitarían mucho valor si esas imperfecciones no fuesen demasiado comunes.

Los vaqueros los ponen en el estado doméstico haciéndoles perder sus caracteres mas preciosos. Por esto no sirven para correr mucho; el mejor caballo mejicano no corre mas de doscientos metros seguidamente. A su paso ordinario andan sin embargo quince y diez y ocho leguas sin cansarse. ¡Cuánto no harían esos nobles animales si se les tratara con mas cuidado, dulzura y prevision!

Los *amansadores* ó domadores de caballos tratan además de quitar al caballo una de sus grandes calidades. Es un principio en la equitación mejicana que la cola debe ser para el caballo un mueble inútil. El mayor defecto en uno de esos cuadrúpedos es una cola levantada y flotante en forma de penacho; en Méjico mutilan al caballo para quitarle esa gracia natural.

Los vaqueros cubren el cuarto trasero del caballo con una larga y pesada manta de cuero llamada *hanquera*; la cola encerrada en ella se encuentra en la imposibilidad de moverse, y cae inerte entre las piernas. Cuando el animal ha llevado la *hanquera* mucho tiempo, los nervios de la cola quedan paralizados, y ofrece, vis-

to por detrás, el aspecto ridículo de un perro espantado.

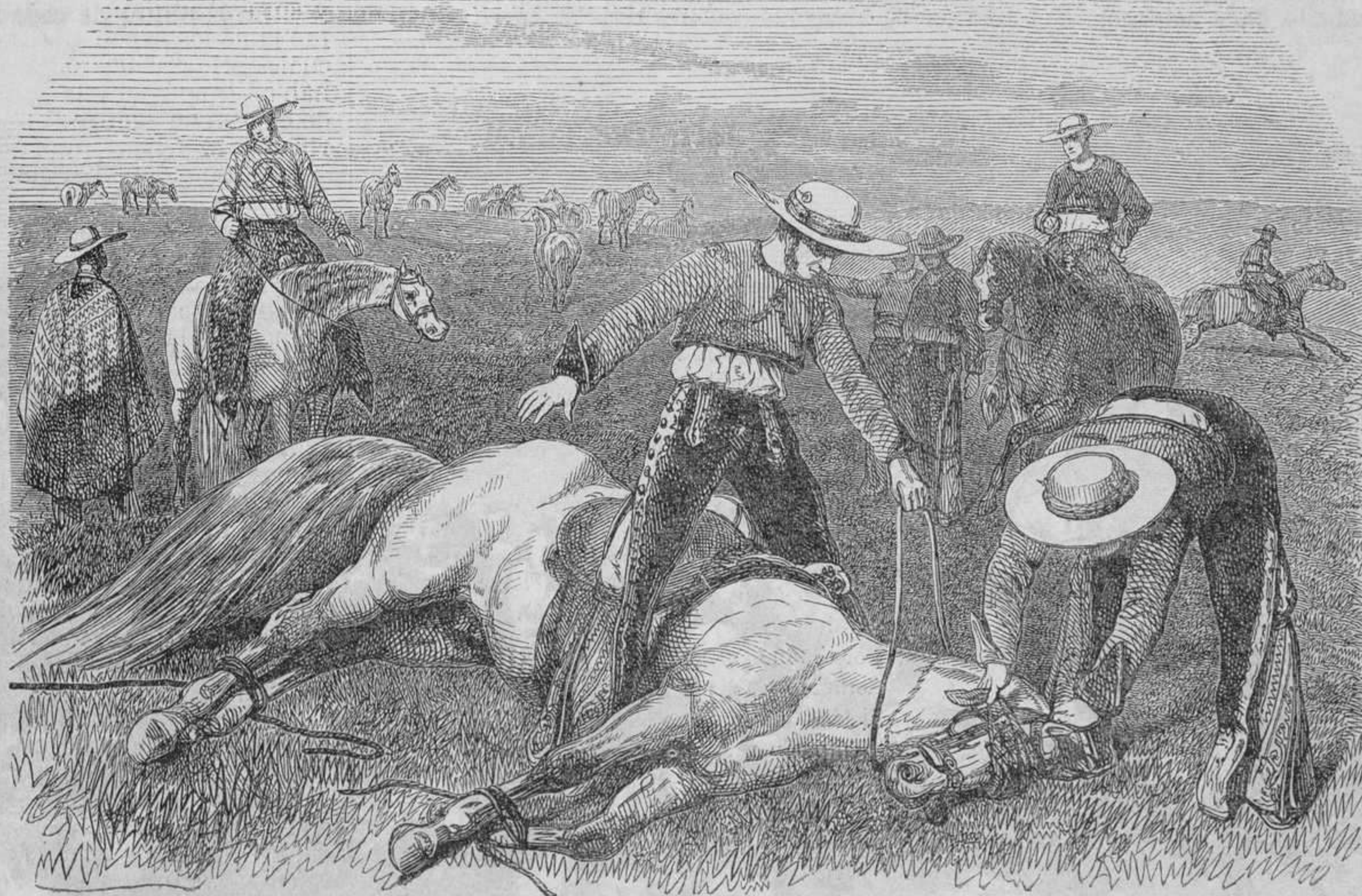
Pero no es esta la menor de las afrentas que sufre. Cuando le venden, debajo de la marca primitiva el primer dueño le aplica otra que llaman el *hierro de venta*.



Los llanos. — El apartado.

paran allí al caballo salvaje lentamente á la domesticidad, ni le hacen pasar por una serie de ejercicios progresivos de la vida independiente de las llanuras á la vida constantemente laboriosa. La transición se opera de repente. Un día enlazado por cuatro hombres le arrastran con los ojos vendados fuera de su recinto; allí le arrojan al suelo, le atan los cuatro miembros, le ciñen sin ninguna precaución en torno del cuerpo la silla que llevará durante el resto de sus días, y le ponen una especie de cabezon.

Cuando ha sufrido todos estos ultrajes preparatorios, un hombre se coloca con las piernas abiertas, la espuela en el talon, justo sobre la silla; entonces sueltan las



Los llanos. — Modo de domar un caballo.

ataduras que retienen las patas del caballo, y le quitan la venda de los ojos. Apenas se siente libre el animal indómito se levanta; pero ¡oh sorpresa! él mismo acaba de poner en silla á su ginete; atónito y espantado se detiene, pero el vaquero no le da tiempo para preparar

Es una especie de recibo de la suma cobrada, que queda estampado en el cuero del noble animal.

El comprador se apresura á añadir á estas marcas la suya propia, y las mismas formalidades se reproducen todas las veces que un pobre animal cambia de dueño. Figúrese el lector el aspecto singular que presenta el cuero de un pobre animal que ha tenido diez ó doce años sucesivamente; es una colección de arabescos; de los piés á la cabeza su cuerpo se ve lleno de costurones; no hay un palmo que no presente la señal del hierro encendido, no hay un miembro que no esté deshonrado.

Los criollos son aficionados á inventar marcas mas ó menos anchas, mas ó menos ostensibles; en vez de una letra imperceptible se ven flores abiertas, armas, escudos, emblemas que ocupan una superficie de seis pulgadas de circunferencia. Algunos abren las orejas al caballo, otros le imprimen en las piernas siete ú ocho rayas transversales; este escribe su apellido en los cascotes de sus potros, aquel le hace en las rodillas una cruz, etc., etc.

Tal es la educación de los caballos en los llanos. — Ahora concluiremos diciendo que con razon se considera al mejicano como el tipo del ginete que arrostra impasible todos los movimientos del animal mas indómito.

LA NOCHE.

El claro fanal del día
Con luz mis ojos no hiere;
Por la alta region vacía
Un rayo postrero envía
Y ya se oculta y ya muere.

De nuevo esplendor vestido
Se levantará mañana
Por el Oriente encendido;
Será el cielo enrojado
Ancho pabellon de grana.

En tanto, madre divina
Del silencio y la tristeza,
Muestra tu faz peregrina,
Oye el aura vespertina
Cuán dulce á llamarte empieza.

Entre bosques seculares
Lenta vaga murmurando
Melancólicos cantares,
Blanda esencia de azahares
Por do quiera derramando.

Que reina la primavera
Y la flor abre su broche,
Y se engalana la esfera:
Yo te adoro, ven ligera.
Desciende, callada noche.

Baja, noche encantadora,
Y tiende el oscuro velo;
Tú, del amor protectora,
Viertes paz consoladora
Sobre el adormido suelo.

Ya te contemplo: la luna
Trémulo fulgor destella
Sobre la tersa laguna;
Es su lumbré cual ninguna
Blanca, misteriosa y bella.

De astros mil el firmamento
Se puebla: mudas las aves
Suspenden su blando acento,
Y alzan las aguas y el viento
Tristes cánticos suaves.

Te bendigo, noche hermosa,
Si brillas pura y serena:
Te admiro, si impetuosa
Ruge la mar espantosa
Y el fiero aquilon resuena.

Por tí con niebla enlutada
La creación se presenta;
Así la virgen velada
Con la gasa delicada
Mas gracia y pudor ostenta.

Los céfiros voladores
Suspiran lánguidamente;
Con ecos murmuradores
Música te dan de amores
El limpio arroyo y la fuente.

Tú viertes melancolía
Y bálsamo de consuelo.
Dime, noche, amada mía,
¿Porqué la region vacía
No cubre siempre tu velo?

Cuando el sol su adiós al mundo
Da tras la montaña verde
Descendiendo al mar profundo,

Y otro día moribundo
En la eternidad se pierde;

Generoso el pensamiento
A los cielos se levanta,
Sube en las alas del viento,
Y al llegar al firmamento
Himno de júbilo canta.

¡Oh luna! Tu disco frío
Rodando va por la esfera
Con mudo paso tardío,
Como gota de rocío
Sobre hoja de palmera.

¡Sevilla! Tu noche es clara
Como día de ventura;
Siempre de belleza avara
Mi vista, no contemplara
Otra tan serena y pura.

— «¿Porqué tus labios suspiran?
Anciano extranjero, dime,
¿Tal vez á tu alma inspiran
Las auras que ledas giran,
O el alto cielo sublime?»

— «Hijo del Betis, yo siento
Que el entusiasmo me inflama
Con desconocido aliento,
Al mirar el firmamento
Bañado en trémula llama.

» Que es el orbe un templo ahora
Y la ancha tierra su altar,
El viento su voz sonora,
Su lámpara encantadora!
La luna que ves brillar.

» La natura se adormece
En un éxtasis profundo
Cuando aquí la sombra crece;
En tu patria un himno ofrece
La noche al Señor del mundo.

» El dolor mi pecho inquieta,
Mi labio calla y suspira,
Siento conmoción secreta:
¡Oh Dios! ¿porqué del poeta
No tengo la ardiente lira?»

Mas ya á despuntar la aurora
Empieza en el horizonte,
Ya su rayo se colora,
Y la alzada frente dora
Del mas orgulloso monte.

Tú viertes melancolía
Y bálsamo de consuelo.
Dime, noche, amada mía,
¿Porqué la region vacía
No cubre siempre tu velo?

NARCISO CAMPILLO.

Los ojos de la morena.

I.

Tus ojos, morena,
Me encantan á mí
Aun mas que las rosas,
Aun mas que el jazmin,
Aun mas que las perlas,
Aun mas que el rubí.
Por eso sin ellos
No puedo vivir,
Por eso los míos
Se fijan en tí,
Por eso á sus rayos
Quisiera morir,
Por eso me encuentro
Contento y feliz
Si tú á la ventana
Te dignas salir,
Si tú una mirada
Me das desde allí.
Morena, por eso
Te vuelvo á decir:
«Tus ojos, morena,
Me encantan á mí.»

II.

Rondando tu calle,
Cantando feliz
La sal y la gracia

Que Dios puso en tí,
Las noches enteras
Me estoy, serafín;
Y rabia tu madre
Diciendo que así
En toda la noche
La dejo dormir:
Mas nada me importan
Sufriendo por tí
El aire y la lluvia
Y el fiero mastín
Que suele tu madre
Soltar al oír
Mis tiernos cantares
¡Oh rosa de abril!
La luz de tus ojos
Me lleva tras sí,
Pues soy mariposa
Y anhelo morir
En ella abrasado,
Que es dulce ese fin;
Y... ya te lo he dicho
Mil veces y mil,
«Tus ojos, morena,
Me encantan á mí.»

ANTONIO DE TRUEBA.

Épicos antiguos.

APOLONIO DE RODAS.

La escuela alejandrina, que desde su fundación reunió los mejores ingenios del mundo griego entonces, lo mismo en las ciencias que en las letras, tuvo entre otros muy célebres al poeta Apolonio de Rodas, que sin la ambición de competir con quien fuera una locura (con Homero), se atrevió sin embargo á hacer una prueba de su talento poético tomando para asunto de un poema heroico la expedición de los Argonautas.

Con indiferencia y una frialdad desdeñosa nosotros hablar de aquella empresa, porque no le encontramos importancia ni sus dificultades se nos presentan como las veían los antiguos. Aun sus héroes, fuera de la celebridad que les dieron los poetas, no nos merecen el concepto de tales. Así es que ni nos aficionamos á ellos, ni pensamos en su suerte con el menor interés ni cuidado. Pero porque su viaje, con los adelantos de la navegación, nos parezca á nosotros lo que es en el día el de un comerciante que carga su buque de los frutos de una provincia para llevarlos á otra del mismo reino y frontera, ó muy poco mas, no por eso dejó de ser empresa muy grande para todos los pueblos de la antigüedad y digna de los héroes que la acometieron, aun de que los mismos dioses tomasen en ella la parte que tomaron, hasta en la fábrica de la nave. Digna de la época ya parecido á muchos la empresa y navegación de Cristóbal Colon y su descubrimiento del Nuevo Mundo; y sin embargo, no es tan heroica para nosotros como fué la de los Argonautas para los pueblos antiguos, los cuales primero dejaron de existir en la historia, que de hablar de aquella expedición y de hacer alusiones á ella, de citarla, de admirarse y celebrar el arrojo y la temeridad de aquellos semidioses.

No seamos injustos, no caigamos en la inadvertencia que hasta ignorancia puede ser, de juzgar de los hechos grandes de unos siglos por los iguales ó semejantes de otros, porque esto es suprimir todos los que han mediado, y comparar y poner en la balanza del juicio, no el heroísmo de los que ejecutaron las acciones, sino la grandeza ó la extensión material del campo, y sobre todo los efectos que resultaron y las consecuencias que tuvieron, para darles mayor ó menor estimación por ellas. Eso es trasladarnos allá con nuestras costumbres, con nuestras artes y ciencias, con nuestra sociedad, opiniones y luces en todo; es ponernos á su lado, mirarnos con ellos, y decir: ¡Pobres hombres!

Pero con esta advertencia ya no extrañaremos el ver tan celebrada aquella expedición por los antiguos, hasta que las nuevas edades de la historia han mudado el mundo y acabaron las memorias de aquellos siglos y sucesos, lo que es para continuarse, pues los siglos y los hombres acabaron también, y mudaron y son otros.

Corría desde los primeros tiempos históricos ó de las letras por la Grecia un poema heroico atribuido á Orfeo, sobre la expedición de los Argonautas, no largo ni de grande empeño poético, pero no sin algun mérito. De su autor se disputa aun, si bien es imposible desconocer en él una antigüedad superior á la que tendria si fuese del tiempo de las guerras médicas, y quien ahora quieren decir algunos que aun en la vejez de su estilo no han reparado ó la pasan por alto, cuando á mí me lo presentaba mas antiguo que los mismos poemas de Homero. O sea sabemos ó no sabemos distinguir aquellos siglos por la poesía, por su sabor de antigüedad. El antojo de la imitación ni tenia ahí motivo ni llegará nunca á tanto.

Pero aquel poema no corresponde á la grandeza de la acción, ni su autor, sea quien quiera, hace grandes cosas á aquellos héroes, ni interesante á Medea, persona tan principal en todo; ni da lugar á las digresiones ó epico-

dios que otros poetas han unido á la historia de aquel viaje, ó estaban en las tradiciones genealógicas de las familias ó en las mitologías de los pueblos. Y quiso Apolonio, sin alterar el fondo y con el mismo plan, fuera de que tampoco no admite otro, darle en la poesía toda la grandeza que él encontraba en las cosas y en las personas.

Sabida es la historia de los hermanos Frijio y Hele, cuando huyendo de su madrastra se embarcaron en un buquecillo que tenia por insignia un carnero con el vellocino de oro; de donde el haberse dicho y creído que montaron los dos en un carnero que tenia el vellon de este metal en largas y hermosas vedijas: que Hele al ruido de las aguas del estrecho se turbó y cayó en el mar dándole su nombre (Helesponto), y que Frijio llegó felizmente á Colcos, dedicó el vellon á Marte encomendando su guarda á un dragon espantoso, y que bien recibido del rey Eta casó con la mayor de sus hijas llamada Calciope, y murió dejando dos hijos.

Después ya de su muerte celebraba Pelias, rey de Telesia, un gran sacrificio, y fué allí Jason, su sobrino y pupilo, á quien de derecho tocaba el reino. Habiale sucedido que al pasar un río se le hundió tanto un pié en la arena que dejó allí el calzado, y continuó sin él su camino, y llegó y se presentó de aquella manera en el palacio de su tío. Advertido este por un oráculo que se guardase del hombre que viesse llegar con solo un pié calzado, al ver así á Jason temió el cumplimiento del aviso, y para librarse de su sobrino y no entregarle el reino, mandóle ir á Colcos á traer el vellocino de oro, con promesa de cederle el trono á su vuelta, pero esperando que muriese en la empresa. Y aquí comienza el poema.

Dice un crítico de nuestros días, que Apolonio toma el principio de su poema desde *los huevos de Leda*. Esto, si no es hablar de una obra sin haberla visto, si no es juzgar á un autor sin haber tomado su libro en las manos, porque del crítico á quien aludo no se puede creer, á lo menos es entender mal la acción de un poema épico, la cual tiene siempre naturalmente su principio tan propio como obligado para el poeta. *Los huevos de Leda* aquí eran la fuga de Frijio y Hele y todo su viaje, y no la ocasión inmediata del de Jason, que es la orden de Pelias y el embarque de los héroes; y mas no empleando el poeta en su proposición, invocación y todo el principio sino veinte y dos versos. O sírvanse decirnos en qué punto debe tomarse la acción para el plan ó orden general de un poema. Después de tanto escrito, aun nos hallamos en esta disputa. Lo de *rapit auditorem in medias res* (y lo mismo se entendería si hubiese dicho *lectorem*) no comprende parte alguna de la acción, sino los antecedentes. Que algunos poetas muy celebrados lo hayan entendido de otra manera no altera la verdad poética, ni su ejemplo puede ni vale nada contra ella. Vamos al nuestro.

Nombrados y dados á conocer los héroes que se unen á Jason, echan la nave al mar, se embarcan y hacen á la vela. Al llegar á Lemnos se encuentran con que poco antes las mujeres habian muerto (de celos) á todos los hombres de la isla; se detienen, y dejándoles sucesión (asegurada) de muchos continúan por los estrechos del Bósforo. Acométenlos en sus salidas algunos reyes y pueblos de las costas, pero los vencen á todos; y obsequiados en la corte de Finco á quien libran de las *Harpías*, logran pasar sin novedad las temibles *Rocas ciáneas*, y por fin llegan á Colcos, juntándoseles en las últimas jornadas los hijos de Frijio, que cumpliendo el encargo de su padre (al morir) de ir á Grecia á recoger sus riquezas, naufragaron, y la tempestad los arrojó al puerto donde se encontraban los Argonautas.

Mal recibidos del rey Eta, y siendo muchas é insuperables las dificultades que habia que vencer para lograr su objeto, se allanaron todas con el favor de los dioses, ordenando estos que Medea se enamorase de Jason. Ella entonces le da yerbas y hechizos para domar los toros que echan llamas por la boca y sujetarlos al arado, y asimismo después para adormecer al dragon que guarda el vellocino: con que Jason sale vencedor de todo lo que le impone el rey, y robado el vellocino, embárcase con Medea y sus compañeros, y después de muchos peligros y trabajos en la navegacion, siguiendo rumbos diferentes que á la ida, llegan felizmente á su patria.

Siempre en este poema la persona de mas importancia por lo que hace y por lo que de ella se ha escrito en dramas é historias poéticas, es Medea, conocida entre nosotros hasta de los niños por encontrarla continuamente en los libros desde nuestros primeros estudios. Pero no con el carácter que le da el poeta; no con el de una doncella modesta, vergonzosa, tímida, mirando siempre por su honor, por su buena opinion y fama, sino con el de una esposa vengativa y una madre feroz que da muerte á sus propios hijos. Es decir, conocemos á la Medea de la tragedia, y no á la virgen de Colcos.

Juno, protectora de Jason y empeñada en la felicidad de su empresa, teme por su vida, y se entiende con Venus para que esta por medio de su hijo haga que Medea se enamore del héroe y le facilite con sus yerbas, que ella solo conoce, el modo de vencer todos los peligros que va á verse. Enamórase la infeliz, y desea salvarle. Pero ¡cuánto no lucha consigo misma antes de resolverse! ¡Qué palabras no dice! ¡Qué no discurre y piensa y reflexiona! Pero entre salvarlo y dejarlo perecer... En toda la antigüedad poética no hay una doncella tan amable ni que mire mas por su honor, ni á quien el lector siga con mas gusto en sus temores, ni á quien mas disimule su pasión en todo lo que dice y hace.

Turbanla sus ojos revoltosos, y dice al despertar: « ¡Infeliz de mí, cuál me espantan sueños tan pesados! Ya

temo no traiga algun mal muy grave esta venida de los héroes. El corazón tiembla por ese extranjero... Pero váyase en hora buena y tome esposa en su tierra, case con alguna doncella aquí, y yo no piense sino en mi virginidad y en la casa de mis padres. »

Va á verse con su hermana Calciope (la viuda de Frijio), la cual temiendo por sus hijos y por los héroes griegos, le dice que auxilie á Jason y discorra algun medio para sacarle vencedor de pruebas tan peligrosas. Alégrase Medea de tener la aprobacion de su hermana en lo que tanto deseaba su corazón, y se dispone. Viene la noche, y la pasa en una agitación continua, unas veces dudando hacer lo que habian convenido, otras resuelta.

« ¡Cuitada de mí, que donde quiera que miro no hallo sino apuros sin salida!... Y el mal crece poderosamente. ¡Ojalá me hubiese quitado Diana la vida con sus saetas antes de ver á este hombre, ni partiesen á la tierra aquí los hijos de Calciope! Algun dios ó alguna furia nos los trajo otra vez aquí después de llorados, para nuestra mayor pena... Pero muera ese hombre en el combate (de los toros) si esa es su suerte. Porque ¿cómo podré yo preparar mis encantos á burto de mis padres? ¿Qué les digo? ¿Cómo los engaño? ¿Qué ardid, qué astucia puede valerme?... ¿O veré yo á ese hombre, y le miraré y saludaré á solas sin sus compañeros? ¡Ay, ay de mí!... Tampoco no me podría consolar de verle morir... Cara, muy cara me costaría su muerte... Fuera pues todo reparo: sálvese con mi auxilio, y después haga lo que bien le parezca, y yo el mismo día que él salga de sus combates dé fin á mi vida, bien ahorcándome del muro, bien tomando yerbas ponzoñosas... Pero aun así me murmurarán después, y por todas las ciudades lejanas hablarán de mi muerte, y las hijas de la Colquida me llevarán en lenguas y dirán que morí así por amar á un extranjero, afrentando á mis padres por seguir una pasión loca... Y entonces ¿cuál no será mi lengua? ¡Ay, ay de mi desgracia! Mucho mejor fuera morir esta misma noche en mi tálamo, evitando así tantas recriminaciones, y antes de ejecutar acciones indignas de decirse. »

Así discurre, así se agita y revuelve la infeliz en su pasión, hasta que al fin se levanta resuelta, va á su arca, y mira y escoge los hechizos ó raíces convenientes para llevarlos á Jason, y después de vencer muchas dificultades llega y se avista con él en el templo de Hécate y se convienen para todo, sin faltar ella á su dignidad y decoro, ni él al respeto y gratitud que le debía, y concertándose de unirse en matrimonio después de llegados á la Grecia. Y aun es o prometiéndoselo Jason, pues Medea se contentaba con que llegado á su tierra se acordase mucho de ella y de la fineza que le habia hecho librándole de una muerte que era segura en cualquiera de las pruebas en que le ponian

Es tan hermoso el libro 3º en que todo esto se trata (con el principio del 4º), es tanta la naturalidad, la gracia y la dignidad y nobleza con que está escrito, y tan verdadera y propia la pintura de Medea en su pasión, en sus temores, en su timidez y discursos, que no he dudado decir en mi *Literatura griega*: « El celebrado libro IV (de la Eneida) es imitado del 3º de Apolonio, y en su original no todos los hombres de gusto preferirán la Dido del latino á la Medea del griego. El carácter de Dido es mas épico y debía serlo porque lo requería la índole del poema; pero Medea es mas tierna, mas amable; enamorada, sí, pero tímida, como doncella, y pensando siempre en su honor y en lo que dirá la fama, etc. »

Al irse determinada por la noche hácia la nave de los griegos acompañada de sus dos sobrinos, besa la cama de su virginal edad, abraza todos los objetos de su tálamo ó cuarto, dice un tierno adiós á su madre como si estuviera presente, déjale allí algunos recuerdos, como es una trenza de su cabello, y sale por fin, pero escapándosele todavía algunas palabras de maldición contra la vida del hombre por quien no ha podido menos de hacer lo que ha hecho. ¡Cuántos poemas hay muy leídos que no valen tanto como esta sola escena!

Hechos apenas á la vela, envía el rey Eta en su persecucion una flota con fuerzas muy superiores á las de ellos: y aunque Medea fué siempre respetada y lo hubiera sido, al fin tienen que celebrar su matrimonio antes de llegar á su patria, pues Alcino, rey de los feaces, en cuya isla se hallaban, requerido por los enviados de Eta contra el rapto de su hija, iba á pronunciar su restitucion si virgen habia permanecido hasta aquel punto: y con la solemnidad que cabia, pero con solemnidad en la misma nave, se desposaron, y hubo aquello de declararla esposa de Jason y por consiguiente sin derecho sobre ella al rey de Colcos su padre.

Ovidio (Metam. VII) hace á Medea mas entendida, mas estudiada, mas sentenciosa y filósofa en sus conceptos, y de ahí menos verdadera y natural, y hasta menos inocente y virgen: le da su ingenio; pero le quita la verdad de su carácter en aquel estado y edad, sin lo cual no hay belleza en la poesía, lo mismo que en todas las bellas artes.

La imitacion que de este poema hizo el latino Valerio Flaco no puede leerse, hízola de niño y murió niño y sin corregirla: es lo mas afectado y rudo que nos ha llegado de los latinos. Solo un Escaligero, ciego y como vengativo contra los griegos, puede alabar la tal imitacion en comparacion del poema de Apolonio.

La vuelta de los Argonautas es por el Istro ó Danubio, y así puede el autor llevarlos por el Adriático á Sicilia, á la Africa, á ver todo lo de que nos hablan las fíbulas antiguas y que los poetas no acababan de repetir desde la Odisea.

Esta última parte gusta ya menos que lo demás, sobre todo desde el asesinato de Absisto, luego que se alcanzaron mucho antes del juicio de Alcino. Habiale enviado su padre Eta con la gente de guerra contra su hija y sus raptos, y así que los alcanzó y se juntaron, tratáronse con la confianza ó seguridad del parentesco, aun del natural derecho de gentes, y Medea entonces le engaña y lo presenta y entrega á Jason para que le mate, y él le asesina villanamente. Bien vuelve Medea la cara para no ver morir así á su hermano: pero ¿no lo ha seducido y engañado con ese fin? Es hecho tan repugnante, que ya desde este punto hay que hacerse alguna violencia para acabar de leer el poema. Por lo que toca al poeta, no podía prescindir de la historia, y mudar el hecho ó disimularlo; no se le hubiera admitido. Conténtase, pues, con desahogarse en imprecaciones contra el amor, no quedándole otro arbitrio.

En cuanto al estilo han dicho unos que todo él es formado de frases de Homero: otros, que quiso rehabilitar, con sus demás compañeros de escuela, la lengua de Homero. Pero tenemos aquí lo mismo que con la censura de comenzar *por los huevos de Leda*. Tampoco los que dicen eso no han leído bien á Homero y á Apolonio comparativamente para formar un juicio fundado, y advertir lo que es estilo y carácter épico en el de Homero y demás poetas griegos. « Cabalmente es el que menos afecta y rebusca la frase de Homero: tiénela propia y muy propia, lo mismo que el estilo, no pareciéndose en nada al latino. Vida que no es mas que un Virgilio desleído en los nuevos apuntes... y los que han dicho que él y otros (de la escuela alejandrina) quisieron *rehabilitar* la lengua ó lenguaje de Homero para la poesía heroica, faltan á la observacion de que en esta poesía siempre se usó el lenguaje y aun el dialecto de Homero. De modo que cualquier poeta heroico se parecia en esto al cantor de Aquiles, y se parecieron siempre, aun en los últimos tiempos de la lengua. » (*En mi Literatura griega*.)

Pero una cosa es parecerse, otra imitar adrede y *desleir* el lenguaje. Quinto de Esmirna es de todos los poetas griegos el mas semejante á Homero en el estilo; pero no le imita, no le toma ya esta frase, ya aquella, ya un verso, ya medio. Nada le toma de ese modo, y de otro se lo toma todo, porque es otro él, es él mismo. Y Apolonio es sencillo, natural, rico y épico tambien en el grado que debia serlo; pero no toma frases á Homero, ni *rehabilita* su lenguaje, ni lo rehabilitó nadie entonces ni después, porque se conservó, como digo, hasta el último día de vida que tuvo la lengua griega. Todavía voy á insistir mas en esto, porque me ofende la ligereza de algunos juicios que encuentro casi en todas partes hace ya algunos años.

A principios del siglo VI floreció en Constantinopla el poeta Cristodoro, y tiene una *Ecfrasis* (descripcion poética) de las estatuas que adornaban el Gimnasio Zeuxipo, en exámetros y estilo heroico y como épico. Son cerca de siete siglos después de Apolonio de Rodas, y sin embargo, su poesía en todo lo que pertenece al lenguaje y al estilo se parece tanto á la de Homero, que si los personajes fuesen admisibles (y lo son algunos), se podría poner á cualquiera de ellos en algunas partes de la Iliada, y no sé quién conocería la menor diferencia en el estilo, sin copiar nada al grande épico y siendo el mismo el tono.

Querer aplicar á los griegos, y sobre todo sin leerlos con el cuidado que pide la razon crítica, lo que ha sucedido con la lengua latina y sus cultivadores en tales ó cuales siglos, sobre faltar absolutamente la semejanza, es engañar á la juventud, que después sin opinion propia y por la autoridad de libros que le recomiendan y celebran, habia y decide, estima ó desprecia sin saber lo que se dice, perpetuándose así los errores y las vulgaridades en las escuelas, en los libros y en las disputas literarias: tanto mas, cuanto que en el día no hay quien no se atreva á hablar de los escritores griegos, quien no se dé por Aristarco en el juicio de sus obras.

La traduccion de este poema, aunque menos importante que los *Paratipómenos* de Quinto, daría un nuevo autor que estudiar á nuestra juventud. Pero á mi parecer deberían traducirse los dos que hay del mismo asunto: esto es, el antiguo atribuido á Orfeo, y este de Apolonio, ya que entre los dos no llegan con mucho al número de versos de la Eneida (1,400 el antiguo, y 3,833 el nuevo).

Y no pediría yo para estos poemas ni para los *Paratipómenos* una traduccion en octavas, sino en endecasílabos sueltos, con solo cuidar de rimar algunos por la imágen ó por el pensamiento, especialmente los finales de las tiradas; poco mas ó menos como el trozo de Homero que hay en el tomo 1º de las *Lecciones* de Blair.

Finalmente, advertiré, ya que la ocasion convida, que la escuela alejandrina fué la primera que mereció este título, porque antes no las hubo en el sentido que damos á esta palabra, no pudiendo llamar así á las que se dice y creemos formaron algunos poetas antiguos, como Homero y Hesiodo á quienes sucedieron algunos jóvenes aficionados que aprendian de ellos y continuaban como podían aquel estudio. De aquí los *homéridas* y los *aidos* beocios. La de Alejandria fijó el arte, si no como tal, porque ya se conocia, como de estudio de imitacion, declaró los modelos que debian seguirse. Así es que la naturaleza vino como á dejarse casi á un lado, y hubo de resultar como principio el mirar y seguir á los grandes autores que merecieron ser propuestos, ó sea incluidos en el *Cánon clásico* formado entonces.

Un solo género habia nuevo y libre, que fué el bucólico, y quizá esta circunstancia contribuyó á la estimacion que desde luego mereció Teócrito.

Pues aunque era ya conocido, según algunos dicen, y debió serlo naturalmente por las costumbres y gusto de aquellos pueblos, pero en fin, estaba en su primer estado, en la simple y sola naturaleza; y Teócrito dándole toda la poesía que admite, y en el cielo, costumbres y cultura de Sicilia, lo levantó á donde nadie ya despues ha podido llegar. Mas no se crea que esto haya sido por no ser algunos tan buenos poetas quizá como él, sino mas bien por faltarles la verdad de las costumbres y con estas el aire, la naturalidad, la realidad y el verdadero sabor del Idilio. Cuando nos entusiasmos con ellos, tambien suele ser por imitación y por arte, sin advertirlo.

Han dicho algunos helenistas que la literatura latina es un reflejo y como una continuacion de la escuela Alejandrina, con cuya opinion siempre he estado yo conforme. Los latinos en sus letras y ciencias no tienen orígenes propios: tan de imitación y de estudio de escuela fueron sus primeras pruebas como las últimas, y su perfeccion gradual mas pertenece á la lengua y á ese mismo estudio, que á progreso y sucesion de los ingenios, si no es en la elocuencia. Su carácter era otro, sus costumbres otras; y por mas que algunos trabajaron en pulir aquella aspereza, siempre se pudo decir con Horacio: *in longum tamen manserunt hodieque manent vestigia ruris*. Quisieron ser griegos, y quizá no lo acertaron. Contentábanse, pues, con imitar, siempre con la regla y el compás en la mano, y á la vista los modelos que cada uno se proponia. Aunque para mí eso de *vestigia ruris* no seria un defecto, si en su cultura de las letras viese el carácter nacional y el gusto propio de sus costumbres. Se preguntará acaso: ¿y qué hubieran hecho? No lo sé. Lucrecio fué romano, é hizo lo que ningun otro poeta de su nacion, aun siendo su asunto puramente filosófico.



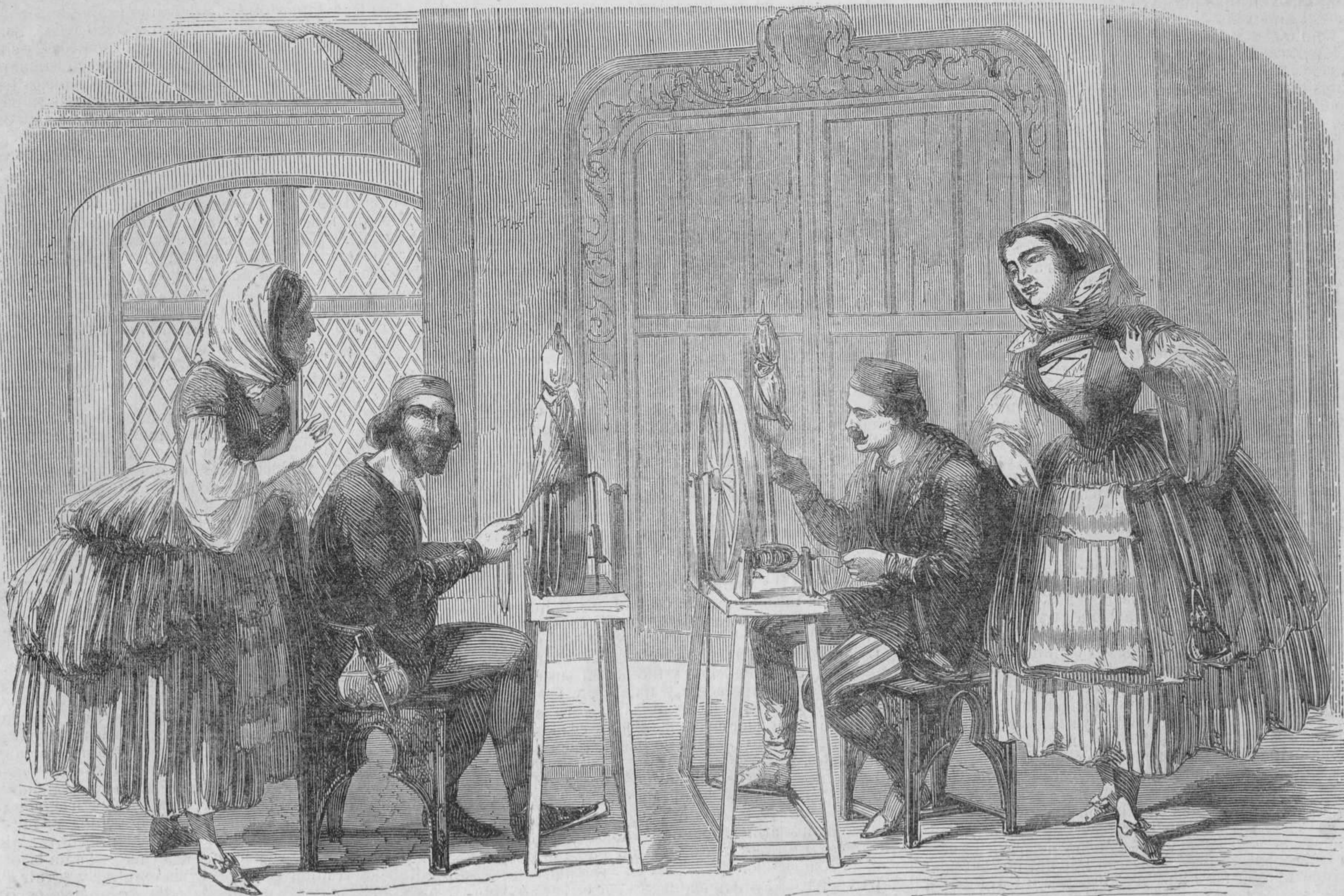
M^{lle} Artot, de la Academia imperial de Música. — (Véase el n^o 171, página 164.)

Nuestras literaturas modernas, como hijas de la latina, casi entroncan por ahí con la alejandrina, pues hemos hecho lo mismo que los latinos; y no ocurrió nunca á estos, y por supuesto á nosotros, una observacion importante, á lo menos en el carácter general de aquella escuela: y es que los alejandrinos fueron hombres sin libertad, sin inspiracion legitima, sin patria, sin entusiasmo, sin glorias antiguas y propias, y *protegidos* y *cortesanos* por necesidad, que no siempre es la mejor condicion de las letras.

Mas no quiero yo decir que seguimos la escuela alejandrina, pues para eso no la conocemos ni ha existido para nosotros, sino que procedemos de una que la representa en el carácter de sus estudios. Ahora en nuestro siglo hemos querido ser originales, rompiendo con la imitación arrastrada de tan lejos; y creo que en algunos géneros lo hemos conseguido. Si con acierto por la naturaleza de las obras, es otra cuestion; y si con mérito igual comparativamente con los antiguos, otra.

En fin, cada una de estas observaciones pide un discurso; basta apuntarlas, cerrándolas por ahora con la general de que mientras no se estudie mas que los modelos, aun siendo perfectos y bien elegidos, como hemos dicho que hicieron los latinos y hemos hecho nosotros hasta ahora, difícilmente se compondrán obras dignas de ir al lado de aquellas mismas. Porque eso es semejarse al caballo que despues de enseñado se le continúa sujeto á las mismas trabas que le pusieron al principio para adestrar y fijar sus primeros pasos y movimientos, obligándolo á una marcha monótona, igual, medida y nunca libre, con peligro de no poder seguir su noble ímpetu en casos tal vez necesarios, y hasta de dar en tierra con mengua de su poderosa generosidad y soltura.

BRAULIO FOZ.



JOSEPH DURAND

Teatro Italiano. — Marta, acto 2^o. La Nantier-Didiée (Nancy), — Mario (Lionello), — Graziani (Plunkett), — la Saint-Urbain (Enriqueta). — (Véase la Revista de Paris del n^o 269.)